

LA ILUSTRACION Sud-Americana

AÑO VI

PERIODICO ILUSTRADO DE LAS REPUBLICAS SUD-AMERICANAS

N.º 122

DIRECTOR:
RAFAEL J. CONTELL
La correspondencia a nombre del director

BUENOS AIRES, ENERO 16 DE 1898

REDACTOR EN JEFE:
RAMON M. DE IRIBAS
Los originales no se devuelven



EN LA PLAYA — ACUARELA DE P. LINDER

LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA

PERIÓDICO ILUSTRADO
DE LAS
REPÚBLICAS SUD-AMERICANAS
FUNDADO EN 1892

EL MÁS PERFECTO EN TODO SUD-AMÉRICA

EDICIÓN ARGENTINA

24 PÁGINAS
APARECE LOS DÍAS 1.º Y 16 DE CADA MES

EDICIÓN URUGUAYA

24 PÁGINAS
APARECE EN MONTEVIDEO LOS DÍAS 5 Y 20 DE CADA MES

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

CAPITAL:		INTERIOR:	
Año	\$ m/n. 18.-	Año	\$ m/n. 20.-
Semestre	9.-	Semestre	10.-
Trimestre	5.-	Trimestre	5.50

EXTERIOR: Año \$ oro 9.- || Chile y Uruguay | 8.- |
| Número suelto: \$ 1.25 m/n. | * Número atrasado: \$ 1.50 m/n |

TOMOS ENCUADERNADOS

DE LOS AÑOS 1893, 1894, 1895, 1896 Y 1897
\$ m/n. 30 cada uno

COSAS Y QUISICOSAS



UNA cuestión política, la gobernación bonaerense; un conflicto edilicio, la inasistencia de algunos concejales a las sesiones municipales, en esta capital, y «ecos» de la agitación chilena por la publicación de un libro del perito argentino, señor Moreno, nuestro representante en la República vecina, han aportado «temas» para la prensa diaria y «notas» para las escarceos político-literarios de los diarios más leídos.

Pero nada dejan al lector que, entre las fiestas de fin de año y los festejos de principios del en que hemos entrado, busque una «información» que, distrayendo el ánimo del *camino trillado* de siempre, aliente en su espíritu ideas de renuevo de aire y de ambiente en la caldeada atmósfera de esta temporada estival.

Porque en estos días, hemos consagrado al hogar doméstico, lo que «buenamente» nos permiten las costumbres modernas; pero como vivimos más en la plaza pública que en el sagrado recinto de nuestras afecciones íntimas, ahí, *fuera*, está nuestro ser en todos los momentos de nuestra existencia, para cosechar, avarientos, migajas de prosperidad, átomos de alabanzas y «aplausos de un día» en el abigarrado montón donde se forjan los éxitos mundanos.

Todo lo que nos lisonjea, nos agrada: no hay resistencia posible al perfumado jabón que hace resbalar nuestra entereza mejor sostenida: *resbalan* las dulces insinuaciones en cuatro frases corrientes, ondas de aromático aire, reflejos de luz potente, que ora entorpecen nuestro oído ó dificultan nuestra visión, inclinando nuestro pensamiento por la suave pendiente del halago.

Y caemos: la voz de la adulación nos presenta perspectivas encantadoras; y allí, en lontananza, el éxito, es decir, la ganancia.

Porque todo se traduce en dinero, en nuestra mercantil sociedad. Como en todos los tiempos.

Pero ¿a qué emplear palabra tan vulgar? Llámemosle *interés*; no, es rudo el vocablo: tal vez otro nombre de perfil menos pronunciado.... Si: el vocabulario mundano tiene donde escoger. Veamos la especie.

El banquero le llama *mis fondos*; la joven casadera, *mi dote*; el empleado, *mis sueldos*; el abogado, *mis honorarios*; el director de algún diario, *mi subvención*; el sirviente, *mis propinas*; el heredero, *mi herencia*; el artista dramático, *mis bríos*; el joven, *mis esperanzas*; el propietario, *mi fortuna*; el rey, *mi lista civil*; el príncipe, *mi dotación*; los senadores y diputados, *mi dieta*; el cambista, *mis valores de cartera*; el rentista, *mis entradas*; el accionista, *mis cupones*...

Y como ciframos en esta «esperanza» este largo período de doce meses que en el actual empieza, llámemosle «nuestro año»: así como así, nuestro aguinaldo es *lo por venir*.

Veamos así el pudor.... que desprecia nombre tan descarado, y la codicia, que en tanto aprecio tiene el móvil que al mundo entero guía en sus pasos por la tierra.

Y cantemos con el poeta:

Quando pienso en los seres que no existen
Y llenan con su luz el mundo entero,
Y en los que viven sin fijar con nada
La atención superior del universo,
Entonces, asistiendo a la apoteosis
Del alma eterna sobre el frágil cuerpo,
—¡qué de muertos, exclamo, que están vivos!
¡qué de vivos, Dios mío, que están muertos!

Un viejo refrán, poco vulgar en el día, quizás por la vulgaridad misma de su profunda filosofía, decía que «más vale el din que el don»; es decir, que el talento, las brillantes cualidades, todo cuanto aquilata la superioridad de un ser racional, están supeditados a los bienes de fortuna y a la brillante posición social. Esta, da honra y prez, sin mayores adornos; aquéllos, solos, sin el áureo acompañamiento de una holgada medianía, se *colizan* a bajísimos precios en el mercado.

Nos recuerdan estas consideraciones de «entrada de año» una anécdota de Henry Meilhac, fallecido ha pocos meses en París. Refiere Ernesto Blum, el conocido escritor francés, entre otras curiosas anécdotas, la que el autor de *Frou Frou*, llamaba la *única falta de su vida*.

Hay que tener presente que Blum conoció a Meilhac hace cuarenta años: entonces, éste no era escritor, sino dibujante, y había adoptado el pseudónimo de *Valin*, y hacia croquis acotados con graciosos comentarios, verdaderamente originales.

Esta fué la época de su falta: no era aún célebre, ni rico, pero sí generoso y hospitalario. A la salida de un baile de la Opera invitó a cenar a varios amigos y máscaras. La comida fué excelente y se escanciaron los mejores vinos. Pero cuando llegó el momento de pagar, Meilhac echó de ver que sus bolsillos estaban tan vacíos como las gabetas de su cómoda. Llamó al dueño del restaurant, y le dijo:

—Soy *Valin*, el dibujante del *Journal amusant*; no tengo dinero bastante para pagarle: ¿quiere usted fiarme hasta mañana?

El dueño respondió:

—Dispénsese usted. No tengo el gusto de conocerle. ¿Quién me dice a mí que es usted, en efecto, *Valin*? Déjeme algo en prenda.

—¿Quiere usted mi gabán?

—Conforme.

—Pues mañana vendré a recogerlo.

Pero Meilhac no pudo cumplir su palabra, ni al día siguiente ni al otro. Buscaba el dinero mareando al cajero del periódico, sin conseguir nada.

El dueño del restaurant, escamado de la tardanza, se plantó en la redacción con el consabido gabán al brazo. La primera persona con quien trató fué el director, M. Philippon, periodista del año 30, muy serio y escrupuloso.

Cuando se enteró del objeto de la inesperada visita, hizo comparecer a Meilhac, le sometió a un interrogatorio, ordenó después que se pagase la cuenta con fondos del periódico, y por último, despidió al desgraciado dibujante por *haber deshonrado a la prensa*.

Todas nuestras miradas se dirigen estos días a un mismo sitio: el cielo, mientras nuestros labios formulan el mismo deseo: ¡Un poco de agua! El calor es insoportable. De los pueblos de campo se nos quejan de «tanta tierra» como hay por caminos carreteros y vecinales, y aquí, nos pasamos echándonos tierra en los ojos, en cuanto discutimos cualquier tema político.

A tanto fuego, pues, mucha agua: es de esperar que estas rogativas públicas «mentales», tengan solución satisfactoria en cualquiera «tormenta de verano».

Mientras tanto, cafés y confiterías, apaciguan el calor de nuestros estómagos, mientras *caldea* animada charla, nuestros cerebros.

He aquí un diálogo, tomado al paso:

—Usted por aquí, doctor?

—Sí; vengo del campo a visitar a mis viejos amigos. Pero usted, señor veterano, siempre abusando del licor.

—¿Qué quiere, mi amigo! Un clavo saca otro clavo, y así se me quita el calor.

—Pero esas bebidas abrevian su existencia!

—Déjeme en paz con sus consejos: a mí me va bien, y tengo 75 años.

—Pues si no hubiera usted bebido tanto rom, le iría mejor, porque ya tendría noventa.

En la Facultad de Medicina. Examen de patología:

—¿Podría usted decirme cuál es en el enfermo el signo precursor de la muerte?

—Sí, señor: la llegada del médico.

MARINO BRAIS.



SIN CONCIENCIA

¡Última flor para tus.... hojas secas
Tiene el recuerdo su secreto llanto....
Quizá serán las lágrimas postreras
Del corazón que padeciera tanto!

¡Plácidas horas del secreto asilo,
Imágenes de un sueño sin segundo
Que cruzaron errantes por el mundo
Llevándose ¡ay! el infantil candor!
Cuán bulliciosas aún, en el recuerdo
Surgen radiantes del feliz pasado
Al pronunciar tu nombre idolatrado
Con el encanto del primer amor.

Con cuánta pena en la conciencia mía
Hallo el pasado de ese amor risueño,
Que hoy es el triste despertar de un sueño
Que huyó en la noche para no volver.
Tú, que supiste conservar ilesa
La tierna historia de ese amor sin nombre,
Hallaste sólo ingratitud en el hombre
Que juró amarte hasta morir, mujer!

Jamás tu acento moduló la queja
Que hirió tu pecho con encono airado.
Tu alma de niña recordó el pasado
Y ahogó el dolor en su callado afán
Viste perderse el venturoso ensueño
De aquel amor que suspirara tanto:
Y hoy, despojadas de su dulce encanto
Tus ilusiones por el mundo van!

FAUSTINO VÍCTOR DÍAZ.



DESQUITE



TRIFÓN Lilirosa nació raquítico y contrahecho, y tuvo la malaventura de no morir en la niñez. Con los años creció más que su cuerpo su fealdad, y se desarrolló ocultamente su imaginación combustible, su exaltado amor propio y su nervioso temperamento de artista y de soñador. A los quince, Trifón, huérfano de madre desde la cuna, no había escuchado una palabra cariñosa; y, en cambio, había aguantado innumerables torniscones, sufrido continuas burlas y desprecios, y recibido el apodo de *Fendmeno*; a los diecisiete se escapaba de su casa, y aprovechando lo poco que sabía de música, se contrataba en una murga, en una orquesta después. Sus rápidos adelantos le entreabrieron el paraíso: esperó llegar a ser un compositor genial, un Weber, un Listz. Presentía en toda su plenitud la magnificencia de la gloria, y ya se veía festejado, aplaudido, olvidada su deformidad, disimulada y cubierta por un haz de balsámicos laureles. La edad viril—¿pueden llamarse así los treinta años de un escuerzo?—disipó estas quimeras de la juventud. Trifón Lilirosa hubo de convencerse de que era uno de los muchos llamados y no escogidos; de los que ven cercana la tierra de promisión, pero no llegan nunca a pisar sus floridos valles. La pérdida de ilusiones tales deja el alma muy negra, muy ulcerada, muy venenosa. Cuando Trifón se resignó a no pasar nunca de maestro de música a domicilio, tuvo un ataque de ictericia tan cruel, que la bilis le rebosaba hasta por los amarillentos ojos.

Lecciones le salían a docenas, no sólo porque era en realidad un excelente profesor, sino porque tranquilizaba a los padres su ridícula facha y su corcova. ¿Qué señorita, ni la más impresionable, iba a correr peligro con aquel macaco, cuyo talle era un jarrón, cuyas manos desproporcionadas parecían, al vagar sobre las teclas, arañas pálidas a medio despachurrar? Se lo espetó en su misma cara, sin reparo alguno—al llamarle para enseñar a su hija, canto y piano,—la madre de la linda María Vega. Sólo a un sujeto «así, como él», le permitiría que se acercase a niña tan candorosa y tan sentimental. ¡Mientras mayor inocencia en las criaturas, más prudencia y precaución en las madres!

No era prudente, con todo, y menos aún delicada y caritativa la franqueza de la señora. Nadie debe ser la gota de agua que hace desbordar el vaso de la amargura, y por muy convencido que esté de su miseria el miserable, recia cosa es arrojársele al rostro. Pensó, sin duda, la inconsiderada señora que Trifón, habiéndose mirado al espejo, sabría de sobra que era un monstruo; y ciertamente que Trifón se había mirado y conocía su triste catadura; y así y todo le hirió, como hiere el insulto cobarde, la frase que le excluía del número de los hombres; y aquella noche misma, revolviéndose en su frío lecho, mordiendo de rabia las sábanas, decidió entre sí: «Esta pagará por todas: ésta será mi desquite. ¡La necia de la madre, que sólo ha mirado mi cuerpo, no sabe que con el es-

piritu se puede seducir á las mujeres que tienen espíritu también!»

Al día siguiente empezaron las lecciones de María, que era en efecto una niña celestial, fina y lánguida como una rosa blanca, de esas que para marchitarlas basta un soplo de aire. Acostumbrado Trifón á que sus discípulas sofocasen la carcajada cuando le veían por primera vez, notó que María, al contrario, le miraba con lástima infinita, y la piedad de la niña, en vez de conmovérle, ahincó su resolución implacable. Bien fácil le fué observar que la nueva discípula poseía un alma delicada, una exquisita sensibilidad, y la música producía en ella impresión profunda, humedeciéndose sus azules ojos en las páginas melancólicas, mientras las melodías apasionadas apresuraban su aliento. La soledad y retiro en que vivía hasta que se vistiese de largo y recogiese en abultado moño su hermosa mata de pelo de un rubio de miel, la hacían más propensa á exaltarse y á soñar. Por experiencia conocía Trifón esta manera de ser y cuánto predispone á la credulidad y á las aspiraciones novelescas. Cautamente, como criminal que prepara el atentado, observaba los hábitos de María, las horas á que bajaba al jardín, los sitios donde prefería sentarse, los tientos que cuidaba ella sola; y prolongando la lección, sin extrañeza ni recelo de los padres, eligiendo la música más perturbadora, cultivaba el ensueño enfermizo á que María iba á entregarse.

Dos ó tres meses hacía que la niña estudiaba música, cuando una mañana, al pie de cierta maceta que regaba todos los días, encontró un billete doblado. Sorprendida, abrió y leyó. Más que declaración amorosa, era un suave prelude de ella: no tenía firma, y el autor anunciaba que no quería ser conocido, ni pedía respuesta alguna: se contentaba con expresar sus sentimientos, muy apacibles y de una pureza ideal. María, pensativa, rompió el billete; pero al otro día, al regar la maceta, su corazón quería salirse del pecho y temblaba su mano, salpicando de menudas gotas su traje. Corrida una semana, nuevo billete, — tierno, dulce, poético, devoto; — pasada otra más, dos pliegos rendidos, pero ya insinuantes y abrasadores. La niña no se apartaba del jardín, y á cada ruido del viento en las hojas pensaba ver aparecerse al desconocido, bizarro, galán, diciéndole de perlas lo que de oro escribía. Mas el autor de los billetes no se mostraba, y los billetes continuaban, elocuentes, incendiarios, colocados allí por invisible mano, solicitando respuesta y esperanzas. Después de no pocas vacilaciones y con harta vergüenza, acabó la niña por trazar unos renglones, que depositó en la maceta, besándola; eran la ingenua confesión de su amor virginal. Varió entonces el tono de las cartas: de respetuosas se hicieron arrogantes y triunfales; parecían un himno; pero el incógnito no quería dejarse ver: temía perder lo conquistado: ¿á qué ver la envoltura física de un alma? ¿Qué le importaba á María el barro en que se envolvía un corazón? Y María, entregado ya completamente el albedrío á su enamorado misterioso, ansiaba contemplarle, comerle con los ojos, segura de que sería un dechado de perfecciones, el ser más bello de cuantos pisan la tierra. Ni cabía menos en quien de tan expresiva manera y con tal calor se explicaba que María, sólo con releer los billetes, se sentía morir de turbación y gozo. Por fin, después de muchas y muy regaladas ternezas que se cruzaron entre el invisible y la reclusa, María recibió una epístola que decía en sustancia: «Quiero que veas á mí; y después de una noche de desvelo, zozobra, llanto y remordimientos, la niña ponía en la maceta la contestación terrible: «Iré cuándo y cómo quieras».

¡Oh! ¡Qué temblor de alegría maldita asaltó á Trifón; el monstruo, el ridículo fenómeno, al punto en que, dentro del carruaje donde la esperaba, recibió á María con los brazos! La completa obscuridad de la noche — escogida, como boca de lobo — no permitía á la pobre enamorada ni entrever siquiera las facciones del seductor. Pero, balbuciente, desfallecida, con explosión de cariño sublime, entre aquellas tinieblas, María pronunció bajo, al oído del ser deforme y contrahecho, las palabras que éste no había escuchado nunca, las rotas frases divinas que arranca á la mujer de lo más secreto de su pecho la vencedora pasión. Y una gota de humedad deliciosa, refrigerante como el manantial que surge bajo las palmeras y refresca la arena del Sahara, mojó la mejilla demacrada del corcovado. El efecto de aquellas palabras, de aquella sagrada lágrima infantil, fué que Trifón, sacando la cabeza por la ventanilla, dió en voz ronca una orden, y el coche retrocedió y pocos minutos después, María, atónita, volvía á entrar en su domicilio por la misma puerta del jardín que había favorecido la fuga.

Grande fué la sorpresa de los padres de María cuando se enteraron de que Trifón no quería dar más lecciones en aquella casa; y mayor es todavía la incredulidad de los contados amigos que Trifón posee, cuando le oyen decir alguna vez, torvo, suspirando y agachando la cabeza:

—También á mí me ha querido, ¡y mucho! ¡y desinteresadamente! una mujer preciosa....

EMILIA PARDO BAZAN.

LA MECEDORA



ENDIDO en ella el cuerpo perezoso, al acompasado vaivén, finge la imaginación fantástica travesía por mares ideales. Como en cuna de niño mecida por madre amorosa, descansa en ella el cuerpo, postrado, débil como niño enfermo; mientras el espíritu vela sobre él, arrullándole con dulces canciones, divirtiéndole con maravillosos cuentos de hadas y genios bondadosos.

¡Aletada sin vuelo, vaivén sin avance, peregrina aventura del caballo clavileño á cargo de la imaginación!

No fué, seguramente, en meceadora, donde se concibieron por hombres de voluntad enérgica, planes trazados con segura decisión, para ser realizados punto por punto, como fueron concebidos. La meceadora no es asiento de conquistadores ni de hombres prácticos. ¿Quién se figura á un Napoleón en meceadora? Marco Antonio perdió el imperio del mundo por mecerse en el Bucentauro; meceadora de oro, marfil y cedro con velamen de púrpura y cordajes de seda y oro que usaba Cleopatra, para mecer *imperator* sobre las aguas azules de los mares de Egipto.

Columpio de soñadores, de poetas; á su vaivén los pensamientos no se fijan en el cerebro con pesadez abrumadora; antes parece como si aligerados se escaparan, y fuera de él revolotearan alrededor, refrescando la frente al vuelo suavísimo.

Un actor á la moderna podía atreverse á recitar el monólogo de *Hamlet* en meceadora. La propiedad arqueológica es lo de menos en las obras eternamente humanas.

En la meceadora palidecen las resoluciones más firmes, pierden el nombre de acción, y en pensamiento mueren. Versos que jamás hallarán verso que rime con ellos, notas que jamás formarán acorde, colores y figuras que nunca se unirán en un cuadro, amores no declarados, buenas intenciones que irán á empujarse al infierno.... en meceadora nacisteis, y el camino de vuestra vida sólo fué un vaivén del pensamiento.... ¡Ser y no ser! ¿Y de este modo, en un vaivén del pensamiento, morirán para siempre sueños del alma, vida suya.... lo mejor de nuestra vida acaso?.... ¡Qué mejor paraíso para el alma que la resurrección de sus sueños, de cuanto nació en el alma y en ella murió á los vaivenes perezosos de la meceadora!

II

Estaba yo sentado en una meceadora, frente á un espejo de cuerpo entero; y ella, detrás de mí, apoyada en el respaldo de la meceadora, con leve esfuerzo me columpiaba dulcemente.

El espejo reflejaba su imagen, alejándola de mi vista, duplicada la distancia, y mis ojos la miraban allí, en el espejo, complacidos en la lejanía, sin volverse á mirarla cerca, á mi lado, donde su aliento suspiraba, donde sus manos me acariciaban....

De pronto, dando risotadas como una chiquilla traviesa, soltó la meceadora con fuerte impulso y se plantó delante de mí, ante el espejo.... y se sentó á mi lado, de espaldas á la luna, y todavía, esquivando su cuerpo, la buscaban mis ojos en el cristal.... allá lejos, mientras su risa sonaba en mis oídos como cristal roto de copas que chocan en alegre brindis de amores.

JACINTO BENAVENTE.



EL BUEN AMIGO VIEJO

(ALFONSO DAUDET)



LE uno á esa feliz edad de los diez años sin comprender lo que lee, como vive sin comprender lo que vive. Y luego después de haber leído y de haber vivido, uno olvida. ¡Ah! la feliz edad en que no había nuestro espíritu el mal horrible de no saber olvidar! Uno ha olvidado, pero cuando viene la dura edad consciente renacen las tradiciones juveniles, como aromas balsámicos, como magias consoladoras.

Así, cuando entramos en la turbia corriente de la vida, niños, inexpertos, asombrados de todo, recordamos algo como la existencia de otro mundo semejante en el que hubiéramos vivido en una época brumosa. Es la lectura de las páginas de Daudet, que hicieramos cuando niños de cerebro débil, las que vimos renacer al comenzar la vida real, como sus hermanas de humanidad.

Tal como al ver una niña pueden recordarse las facciones de la otra niña, su hermana, conocida en tiempo muy lejano. ¿Cómo íbamos á sospechar

á los diez años que las bonitas historias que nos contaba el buen viejo de melena larga eran la vida misma, al conocimiento de cuyas alegrías y de cuyas amarguras nos dedicaba una ley implacable? Habíamos leído á Daudet demasiado prematuramente; pero las enseñanzas del gran maestro se arraigan en los nervios como intuiciones latentes que vibran cuando vienen las agitaciones de la vida. El hombre no recordará de la escuela sino las frases que le dijera el maestro más sincero y el más humano.

Constantemente llega por la médula del cable la noticia de la muerte de algún grande hombre del pensamiento; son noticias frías, apenas comentadas, que se ajan junto con el diario que las reproduce. Pero la noticia de la muerte de Alfonso Daudet nos trajo una aguda sensación de pena; esa pena que se experimenta al perder á un ser íntimo desde los años de la infancia. ¿Por qué esa intromisión de nuestro sentimiento, que va á amarrar un crispón forastero á la cruz de una gloria que no nos pertenece? Porque el autor de *Numa Rumeistan*, con la amplitud benévola de su espíritu, con lo universal de sus sensaciones, con lo humano de sus tipos, había roto la barrera de la nacionalidad.

La literatura de ese gran amigo de los niños y maestro de los hombres, tiene dos caracteres distintivos sumamente fáciles. Parecería que, por una extremada delicadeza de su temperamento suave, él mismo se hubiera encargado de proporcionar sus libros, por los distintivos que encierran, á las diferentes edades de la vida de un hombre.

¿Y qué método emplear para distribuir los libros infantiles á los niños, y los libros severos á los hombres, en la sala de la escuela del mundo que tiene por techo la cúpula del cielo?

Daudet encontró ese método: á sus narraciones alegres y fantásticas, á sus delicaditas *petites choses*, les puso ediciones llenas de grabados brillantes que atrajeran á los niños, y á los libros crueles de la vida de los grandes les puso la edición austera que atrae á los que han sufrido, á los que buscan otros dolores para consuelo y para enseñanza, á los que son hombres, en fin.

Parecía que un espíritu tácito hubiera establecido un curso universal para leer á Daudet: nadie, por ejemplo, lo comenzará por el *Nabab* ni por *Sapho*; pero todos, á los diez años, lo comenzarán por *Tartarin de Tarascon* ó por sus cuentos de niño.

Daudet irradiaba poderosamente la simpatía. Es natural que su ingenio corriera paralelo con el de los latinos, porque él era latino; para nosotros era más, era casi ibérico; nacido entre las sombras poéticas y los arroyos parlantes del Mediodía, cerca de la falda quemada de los Pirineos. El ingenio de Daudet no tiene antecedentes como el de los escritores franceses nacidos en el norte, que pertenecen á esa corriente de espíritu galo que pasó por Rabelais, que vino corriendo hasta Flaubert, hasta Guy de Maupassant y que seguirá corriendo; el espíritu de Daudet no tiene más génesis que la savia que sembraron en la fértil *Provenza* los poderosos romanos conquistadores; y sus notas de color tienen como inspiración al sol que dora los racimos del moscatel y á la cuba que rebalsa la sangre hirviente de la vida. Entonces es la cosa más natural del mundo que congeniemos con su espíritu.

Pero no somos los únicos en congeniar con él. Daudet, á diferencia de los demás escritores que se encarnan en la sangre de su raza, era universalmente querido. Gustaba á los ingleses hablándoles de la pasión humana, como les place oír á esos rudos y sobrios trabajadores, sin extremadas crudezas de realismo, encubriéndoles las realidades y las ironías bajo una literatura reposante, bajo un paisaje dilatado y suave como los de Dickens.

Esta es a característica espléndida del gran escritor, la que le ha valido la crítica de los seres violentos en literatura, de los que asisten á la clínica de Emilio Zola y á la pesadilla enfermiza de Guy de Maupassant, — la característica es la aleación del análisis profundo, de las crueldades de la vida, á un estilo acariciante y de color alegre. Daudet parece haber amado al público, pues le suavizó la vibración dolorosa que imprime al cuerpo la lectura de la verdad, siempre amarga, con los tesoros de la luz de su estilo.

Fué como el cirujano que al hacer sus terribles operaciones cantaba versos para sus pacientes.

Los rusos también lo amaban, porque, — junto con el sufrimiento que es el aire propicio para esos nostálgicos oprimidos por la nieve y por los privilegios de las castas, — les llevaba, al árido paisaje de la estepa, efluvios de luz africana, muros blancos cubiertos de flores vivas, y cabezas gordas y risueñas con coronas de pámpanos guarnecidas.

Los alemanes lo admiraban á la sordina, lo leen á hurtadillas, porque no pueden confesar amor al patriota de 1870, al prelado de la revancha, que exaltara al pueblo francés con su cuento del *Profesor Klotz* mucho más que lo exaltarían cien discursos políticos.

El escritor difunto abordó muchos temas con igual felicidad. Hizo el cuento alegre y sencillo en el que juguetea la paleta del colorista, en el que destila la moral sana de una experiencia benévola. Hizo la sátira social por el terrible medio de la caricatura.

Daba y cavaba en el personaje humano, como golpes de estileto, haciendo surgir la imagen, risible, enorme, con la figura aguda de don Quijote ó con la barriga palpitante de Sancho. Sus tomos de *Tartarin* son los pequeños libros de la caballería moderna, de estos caballeros contemporáneos que llevan en sí los vuelos del noble señor de la Mancha y las burguesías de su criado.

Nada más humano que esa constante lucha entre el ideal y la franqueza.

Ese tipo tarasconés que pasea sus candores y sus malicias, sus grandezas y sus pequeñeces, por las rivalidades de la gloria, por el mundo flotante de los cosmopolitas, por las ironías y las frivolidades de esta época, es un estudio profundo que se disfraza, casi podríamos decir modestamente, bajo una apariencia de pura amenidad. Encierran esos libros una tarea lapidaria contra la mentira convencional de la sociedad. Hay en ellos frases que, si bien ahora duermen, son frases del porvenir, como esa de: *Todo el mundo tiene algo de Tarascon*.

Como escritor costumbrista, Daudet fué demasiado escéptico para servir una tesis absoluta, evitándose así los errores en que ha ido cayendo porfiadamente Emilio Zola. Y fué artista delicado que nunca expuso sin un velo las llagas miserables de la vida, un velo al través de cuyas tenues transparencias se sienten los efectos de terror y de moral.

Sus libros son como golpes de alas sobre heridas sangrientas.

Su realismo es el mejor de los realismos; el que se obtiene con la observación independiente de ideas ó de escuelas, el que se amasa con la narración franca y cruel de la propia vida.

¡Cuántas veces le toca á un escritor, en aras de la advertencia para la sociedad que pelagra, la triste suerte de sacrificar lo más tierno de sus afectos!

La obra de Daudet es la prolongada narración de su propia vida, vida llena de vaivenes en el curso de la cual va señalando todos los peligros en bien de los que los sigan al través de ella, y á veces los señala con las lágrimas en los ojos; pues *Jenkins*, *Eliseo*, *Numa*, *Jack*, son personajes de su intimidad real, mientras *Sapho* y *Rosa* y *Nineta* son los girones de su alma y de su hogar, por más que él atenúe esta creencia en sus *Recuerdos*. La obra de Daudet es grande, porque exhibe la verdad, condenando el mal; será fuente de información histórica, porque es copia fiel de vida. Los que lo han llamado escritor acartonado no tienen razón, son de esos que creen que la vida real ha de ser invariablemente pintada con fuertes especulaciones de claro oscuro, cuando también puede serlo con tonalidades suaves; no hay motivo para que no lo sea.

El inmenso rumor, el escándalo y la acusación, que se levante al paso de sus libros ó de sus piezas de teatro es la más espléndida garantía de realismo.

El trató todas las pasiones, sentidas y observadas, con mucha altura, como deslindándose de ellas para tener mayor independencia de juicio.

Indudablemente que las contundencias del *struggle for life*, que para él fueron duras, revolvieron en más de una ocasión su espíritu bilioso. Entonces Daudet tiñó con sangre el fondo claro y agradable de sus acuarelas. Dejó, en esos momentos, que saltara de algunos trozos de sus libros la decepción, la amargura, hasta la apoteosis del egoísmo.

En *El Nabab*, *Los Reyes en el desierto*, hay terribles arañazos dados á la sociedad francesa, perodados con una mano enguantada en blanco.

Si á Daudet, como á todos, lo envilecieron algunas veces las pasiones masculinas, nunca lo alcanzó ese tremendo rencor fisiológico que, con tanta frecuencia, se profesa á las mujeres.

Nunca dió el cobarde fustigazo que han dado los demás literatos al sexo débil.

En *Sapho*, su libro de pasión más culminante, cuando llega el momento perjuró, dobla el pliego.

Haremos la traición, parece decir, pero no maldigamos á esa obscura esfinge que camina disfrazándose con las ternuras de Ofelia. Ella es así, ella no tiene la culpa de que la lechuza egipcia de mármol negro siga sus pasos y vaya luego á posarse sobre el lecho de todos sus amores.

Ese libro de una criatura enigmática, de una mujer, que el estudiante encon-

CUERPO DIPLOMATICO AMERICANO



Sr. D. MAXIMO R. LIRA
MINISTRO DE CHILE EN EL URUGUAY

trara una vez en un baile de fantasía vestida como la poetisa de Lencadia, está escrito con toda la sangre de los primeros amores.

Más tarde, en *Rosa y Nineta*, tiene que confesar las execrables luchas íntimas del hogar, sus



CALLAO — INAUGURACION DEL MONUMENTO DEL
ALMIRANTE MIGUEL GRAU
(Fotog. G. de Mena)

depravaciones, y los invencibles hastíos del matrimonio; pero siempre perdonando á la mujer. Ya, cuando la realidad le prohíbe el perdón ó la disculpa, entonces se detiene y habla de la flor del abismo, y llama esfinge á la *Felicia Ruiz*. Nunca habría hecho una condenación femenina como la que hizo Bourget en aquella *primita de Yago*, en el *Cosmópolis*.

Y el fondo misterioso del alma de Daudet debe haber sufrido mucho al contacto de la mujer, esa esfinge en cuyo altar se adora y se maldice, porque todas sus páginas de amor conservan como una contracción dolorosa, como un latir neurasténico, y sin embargo, nunca la maldijo ni aun en la corrompida madre de *Jack*.

Si Prevost es el confesor de las mujeres; si Bourget es el más cinico de sus amigos, como lo fué Bayle, Daudet fué el que pasó siempre diciendo: Perdonadlas, porque no saben lo que hacen.

Su estilo de *conteur* es el del acuarelista que ama las transparencias de la luz sobre los paisajes alegres; es el del artista delicado que pinta agradablemente sobre el papel blanco de las almas buenas. Su estilo de novelista es el mismo tachonado aquí y allá por la sangre de las pasiones, turbado á trechos por las ironías y las venganzas, obscurecido en sus confines por el dolor y el misterio.

Pocas obras literarias más personalmente sinceras que las de Daudet; por eso al conocer su muerte, nos pareció perder á una persona íntima.

¿Quién no lo recordará siempre—*Le-tit Chose*—corriendo inconsciente por los prados de la Provenza?

Y luego, después, al estudiante anémico que mira, con las primeras intuiciones del analista, desde esa barrera de libros que circunda al cuartel latino, que mira al gran París, al mar donde gruñen las pasiones y las picardías.

Más tarde, mucho más tarde, es el joven de frac que visita las corrupecciones de un imperio, casi oriental, y que se va á lavar su alma y su espíritu en el amor de las hijas del *papa Joyeux*.

Luego son las terribles vibraciones de la carne, las obscuridades matadoras del espíritu de las mundanas, los amores de *Sapho*, la imposible *Sapho*!

El tiempo pasa, las pasiones se extinguen y vienen las revelaciones más íntimas y más crueles. Es el matrimonio, esa guerra de los sexos disfrazada con azahares y con caricias. Es el hastío de los padres y la perdición de los niños en el divorcio de las almas.

Y, por fin, después de haber enseñado tanto á costa de la propia experiencia, es bueno buscar el lado hacedero de las cosas, las medianas felicidades,—las únicas posibles,—es bueno reposar. Y Daudet fué feliz, reposó en la vida del espíritu y del amor de la señorita Allard—madame Daudet. Viene como el emblema de esa felicidad, de ese mediocre resultado del bien al través de la vida, la *Petit Paroisse*. Allí se respira algo de balsámico, como el aroma de la fe, como el perdón del amor, al mismo tiempo que se nota el desgaste prematuro de una vida demasiado sensitiva, y el abuso de la neurastenia conquistado en el sufrimiento.

Daudet se extinguió por lo que tenía de más sensible y por lo que más había trabajado en él: el corazón. En su vida de ironías y de dramas, hizo mucho más bien que mal, y exparcio mucha belleza.

TATIN.



ECOS DEL VERANO

Monseñor Macchi

Por el ferrocarril del Pacífico llegó á nuestra capital el arzobispo de Amasea, monseñor Macchi, de paso para el Brasil, á cuya capital se dirigirá dentro de unos días, para asumir allí la representación apostólica de Su Santidad León XIII.

Mucho antes de que llegara el tren que conducía al distinguido prelado, ya se veía en el andén de la estación del Retiro á varios caballeros católicos, estando también el arzobispo monseñor Castellano, el obispo de Tiberiópolis monseñor Espinosa, el prelado doméstico de su Santidad León XIII monseñor Villanova

Sanz; el canónigo doctor Terrero, los padres superiores de las órdenes redentoristas y salesianas, el doctor Alejo de Nevarres, en representación de los círculos de obreros católicos; el señor Ignacio Orzali, como delegado del Club Católico; el cura de la parroquia de Santa Lucia, presbítero José A. Orzali, y el comandante señor Marambio Catán, en representación del presidente de la República, el que había enviado el coche oficial para que en él se trasladara monseñor Macchi hasta el palacio arzobispal.

Cuando llegó el tren el arzobispo monseñor Castellano se adelantó a saludar al prelado italiano, cambiándose los saludos de etiqueta y besándole el anillo episcopal.

Monseñor Macchi vestía, cuando descendió del tren, traje negro con visos bermejos y calzaba guantes del mismo matiz. En el pecho lucía una gran cruz pectoral de oro recamada de rica pedrería.

En el carruaje presidencial tomaron asiento monseñor Macchi, el arzobispo monseñor Castellano, el obispo de Tiberiopolis monseñor Espinosa, y el representante del presidente de la República. Al coche oficial seguía otro en que iba el presbítero Andrés Brozi Landucci, el doctor Domingo Milanese, superior de los salesianos; el vicario general del arzobispado, doctor Terrero. Venían después otros carruajes que conducían a las demás personas que habían concurrido a la recepción.

La comitiva se dirigió al palacio arzobispal, donde anticipadamente se le tenía preparado alojamiento, el mismo que se le ofreció al arzobispo de Chile monseñor Casanova, cuando vino a imponerle el palio en compañía del gobernador eclesiástico del Valparaíso doctor Jara, al arzobispo monseñor Castellano, en aquella memorable visita que dió lugar a ruidosas manifestaciones de simpatías tributadas a esas dos personalidades del clero chileno por todos los católicos de nuestra capital.

Monseñor Macchi ha visitado al presidente de la República, acompañado del doctor Terrero, siendo afectuosamente recibido por el doctor Uribe, con quien conversó largo rato.

El prelado italiano, que es accidentalmente nuestro huésped, fué elevado en 1889 al arzobispado de Amasea. Es hijo de Palestina, donde nació el 10 de julio de 1845, habiendo sido preconizado obispo titular de Sadora el 25 de febrero de 1880.

Al saludar al delegado de su santidad León XIII en esta primera visita que hace por primera vez a nuestro país, hacemos votos por que le sea propicia su permanencia entre nosotros.

Mr. Hipólito Marchand

Se ha ausentado para su patria después de varios años de permanencia en el país, el enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Francia, señor Hipólito Marchand, diplomático y caballero que en su doble faz representativa y personal ha sabido conquistarse en nuestro país las más sinceras y generales simpatías.

La permanencia del señor Marchand en la república, invistiendo el alto carácter con que fué reconocido por nuestra cancillería hace cinco años, será recordada siempre con palabras de consideración y de respeto.

La acción oficial del distinguido diplomático en los asuntos relacionados con su misión, ha contribuido a robustecer de una manera firme y duradera las relaciones entre los dos países, siendo de notar la prudencia y discreción que han marcado todos sus actos, a la par que el carácter respetuoso y benévolo que supo imprimir invariablemente a las reclamaciones, bien pocas por cierto, que elevara ante nuestro gobierno.

El distinguido diplomático lleva a su país la satisfacción de haber restablecido las relaciones diplomáticas de Francia y el Paraguay, interrumpidas durante varios meses.

La colonia francesa que ha tenido verdadero sentimiento por la partida de su digno jefe, le ha hecho una simpática manifestación de aprecio, acompañándolo, por intermedio de caracterizados representantes, hasta el momento de su embarque.

Acompañamos en tan merecida demostración a la colectividad francesa y hacemos votos para que en el nuevo país a que ha sido trasladado, encuentre y deje el señor Marchand las mismas simpatías que ha encontrado y dejado entre nosotros.

TRUTH.



REPÚBLICA ARGENTINA — «EL GATO» BAILE CRIOLLO

DE CHILE

CRONICA CIENTIFICA

La bicicleta, instrumento fisiológico.—El ejercicio físico.—Lo que puede esperarse del ciclismo.—El método en el ejercicio.—Lo que se entiende por «entraine ment».—El cansancio.—Los límites naturales del ejercicio.—Señales que nos sirven para graduarlo.—Modo de hacer ejercicio.



La bicicleta no es únicamente un motor agradable, sino que es también un magnífico instrumento de fisiología: es el dinamómetro vulgar por excelencia.

Existe, en verdad, la conocida cabeza de turco, sobre la cual se ensayan los atletas aficionados, y que marca con exactitud la fuerza del bofetón que recibe; pero este aparato rudimentario nos indica únicamente la fuerza del brazo que lo golpea. En cambio, la bicicleta nos da indicaciones completas sobre la fuerza muscular; sobre todo, manifiesta con una claridad notable la capacidad respiratoria del individuo.

Es un dinamómetro, he dicho. Es también un espirómetro. A veces, en muy pocos minutos, permite hacer el balance orgánico de un individuo, revelando en los flacos y en apariencia enclenques una fuerza vital no sospechada, y descubriendo en un falso hércules un corazón o unos pulmones próximos a flaquear.

No es eso todo. La bicicleta tiene, además, el mérito de manifestar al sujeto todo lo que puede modificar, como aumento o disminución, sus cualidades físicas. Así, nunca hubo una demostración científica más palpable de la acción del alcohol sobre el trabajo muscular que la que nos suministra diariamente el ciclismo.

En efecto: todos los ciclistas saben hoy que aun las dosis moderadas de licor tienen una influencia lamentable que se traduce inmediatamente, y de una manera clara y precisa, en una disminución de la fuerza y de la resistencia a la fatiga; y todos los ciclistas saben también que las dosis más elevadas de alcohol enervan y rinden los brazos y las piernas de los campeones más esforzados.

Sin duda que la simple marcha a pie podría suministrar indicaciones análogas, pero a condición de suponer en el andador un espíritu de observación y cualidades de análisis que no tiene casi nunca. En el ciclismo, por el contrario, la demostración se impone forzosamente al ciclista más distraído.

En pocos años más, y por poco que el ciclismo continúe su movimiento progresivo de expansión, la leyenda del «alcohol que activa las fuerzas» habrá hecho definitivamente su época. En cambio, y correlativamente, se tendrá una noción más neta sobre las cualidades benéficas del té, del café y del azúcar.

Por último, las concepciones vulgares sobre el ejercicio y el cansancio se modificarán profundamente en un sentido más científico, poniendo término a muchas preocupaciones infundadas en el mundo de los «pedalistas» primero y en seguida en todo el mundo, merced a la obra de propaganda realizada continuamente por ese maravilloso aparato de demostración experimental llamado bicicleta.

Se satiriza a menudo en los ciclistas su manía de contar los kilómetros recorridos.

Los «tragadores de kilómetros», como se les llama en Francia, suelen ser un poco majaderos con sus fanfarronadas o simplemente con la satisfecha vanidad con que nos cuentan sus proezas, como quien refiere un acto de heroísmo o de virtud; pero el hecho es que ese sistema tiene una admirable precisión científica para ayudar la capacidad de trabajo de un individuo, y demuestra, en una forma gráfica y tangible, las ventajas del ejercicio físico, anotando matemáticamente, día por día, los progresos realizados desde el punto de vista del aguante y la resistencia.

Los sabios y los higienistas han probado con millones de observaciones y experimentos que el ejercicio metódico aumenta la fuerza muscular y la amplitud respiratoria del hombre. Han predicado en desierto, o poco menos.

Pero desde el advenimiento de la bicicleta, esa noción se ha impuesto autoritariamente a sus millares de adeptos, y se impondrá al fin a la muchedumbre, introduciendo en la vida moderna las modificaciones que de ellas se desprenden lógicamente.

Nada más concluyente, en efecto, que esta experiencia que ya se ha hecho banal: un ciclista novicio llega a su casa, rendido, sudando, molido, después de una jornada de diez kilómetros; a los pocos días, esa distancia es para él un simple paseo; insensiblemente, sin notar mayor esfuerzo alguno, va añadiendo gradualmente algunos kilómetros; al fin, por el ejercicio metódico, llegará a recorrer 40, 50, 60 y más kilómetros sin exceso de fatiga, sin agotamiento.

El ciclista está entonces en condiciones de «entraine ment», como se dice en lenguaje sportivo; —palabra que en realidad no tiene un sinónimo perfecto en castellano. Traduzcámosla por «preparación», en el sentido propio del ejercicio de las carreras y aplicándola, no sólo al ciclismo, sino a todos los ejercicios físicos y trabajos manuales.

Lo que sorprende en este estado de preparación, al observador superficial, es la aptitud para el esfuerzo muscular. Ya se trate de un barretero, de un cargador ó de un ciclista, lo que caracteriza «las condiciones de preparación» es la cantidad de trabajo ó de movimiento realizados.

El ciclista no ejercitado, no «preparado», el pedalista novicio, queda pronto fuera de combate, no solamente porque carece de músculos, sino también porque le falta el aliento.

En el hombre de vida sedentaria el menor ejercicio un poco violento produce palpitaciones, ansiedad, sudores, depresión nerviosa. En el obrero, en el individuo «preparado», los mismos movimientos se ejecutan en medio de la más perfecta tranquilidad de los órganos. El pulmón conserva su juego regular, el corazón no se desordena, la piel se humedece apenas.

En este último caso hay adaptación ó aptitud, no sólo de los músculos, sino de todo el organismo, gracias á la costumbre. Como se ha dicho á menudo, se corre más con los pulmones que con las piernas. De la misma manera que con lo que se trabaja es con el corazón y los pulmones.

En consecuencia, la preparación no debe considerarse como la aptitud al esfuerzo, sino como un estado caracterizado por la plena posesión de toda la fuerza y de toda la resistencia que el organismo es susceptible de adquirir, tanto desde el punto de vista respiratorio y circulatorio, como desde el punto de vista muscular.

**

No se ha insistido nunca lo bastante sobre estos efectos generales del ejercicio y del *entraînement*, ni se ha manifestado debidamente que esos efectos tienen algo de permanentes, que queda como caso definitivamente adquirido por el individuo.

Lagrange dice: «Si se estudian las funciones, en estado de reposo, del individuo *«entrainé»*, se ve que por el solo hecho del ejercicio y de la preparación habitual, el pulso se hace más regular, los movimientos respiratorios más rítmicos y profundos, el sistema nervioso más tranquilo».

En último análisis, todas las grandes funciones del organismo se encuentran profundamente modificadas en el sentido de la salud perfecta.

Por desgracia, estas ventajas de los ejercicios físicos se desconocen ó se perturban á menudo, á causa de ignorarse las condiciones del ejercicio mismo. Se cree, por ejemplo, que para un hombre débil ó enfermo el *«entraînement»* es una palabra sin sentido práctico. Es éste un grave error; el ejercicio es siempre posible, dentro de los límites indicados por la condición física del individuo, puesto que no le exige facultades especiales, sino que tiende á perfeccionarlo.

Se ejercita á los tísicos en Falkenstein, se ejercita á los cardíacos en Reichenhall, y no hay casi enfermedad que no se pueda beneficiar con un ejercicio graduado, progresivo, bien graduadas las fuerzas del enfermo.

Al mismo tiempo que la utilidad del ejercicio es negada por algunos, hay otros que la comprometen por exceso de celo; se pasan de los límites racionales, y se producen accidentes que, cosa digna de notarse, son idénticos en el hombre robusto y en el débil, en el que goza de perfecta salud y en el convaleciente que ha tentado un ejercicio superior á sus fuerzas.

Estos accidentes, por lo demás, son evitables, como vamos á verlo.

**

¿Cómo medir la cantidad de trabajo ó de movimiento que pueda efectuarse sin peligro? ¿Dónde concluye el ejercicio higiénico y comienza el exceso?

Nuestro instinto, desde luego, nos lo advierte. Estamos haciendo ejercicio: al cabo de cierto tiempo la respiración se hace más frecuente, el aliento más corto... ¿hay que detenerse? Todavía no; esa aceleración de los movimientos respiratorios no tiene nada de peligroso; más antes al contrario, representa uno de los más útiles resultados del ejercicio.

Pero he aquí que la respiración se desarregla, su ritmo se modifica, se hace irregular, cortado, con predominio excesivo del tiempo de la aspiración, sobre el de la expiración, hay sofocamiento... es preciso descansar.

El mecanismo por el cual se produce la sofocación merece ser bien conocido, porque da la explicación de todos los síntomas de la fatiga. Es claro,—se dirá,—que la sofocación se produce por falta de aire. ¡Error! Bajo la influencia del trabajo muscular, hay desgaste de los músculos, desgaste ó rebajamiento tanto mayor cuanto menos ejercitado esté el sujeto; los residuos que de aquí previenen son arrastrados por la sangre para ser eliminados por los pulmones.

Tóxicos é irritantes como son todos los residuos del organismo, estos productos excitan el sistema nervioso y la respiración. En vez de ser eliminados nominalmente por los pulmones, se acumulan en la sangre y determinan ese ahogo, esa respiración ambulante que hay que evitar á todo trance.

En el hombre habituado al ejercicio, una amplia ventilación pulmonar arroja esos principios nocivos, que, además, se encuentran en él reducidos al

minimum de producción. En el débil, en el sedentario, por la inversa, hay un verdadero envenenamiento por los residuos del trabajo muscular; en otros términos, hay, auto-intoxicación, que se traduce inmediatamente por la dificultad respiratoria, y después por la turbiedad de las orinas.

Esa dificultad constituye un excelente signo de fatiga exagerada, en quien quiera que se produzca, niño, convaleciente, ó atleta. Demuestra, en efecto, que hay una cantidad excesiva de residuos orgánicos, y es síntoma de intoxicación.

En consecuencia, la sofocación, la pérdida del aliento fácil, y el ver un depósito rojizo ó blanquizco en la orina, al día siguiente de un ejercicio físico, nos señala matemáticamente el límite que podemos poner á éste. Los que queden más acá de ese límite, no tienen nada que temer del cansancio natural; pero tampoco deben olvidar, para obtener todos los beneficios que buscan, que el verdadero ejercicio, el higiénico, el científico, el que constituye el *«entraînement»*, es el que se practica diariamente, graduado y progresivo; es éste el que da á un ciclista, al llegar el verano, los músculos y los pulmones que no tenía al entrar el invierno.

DOCTOR ANDES



EL REINADO DE LA BICICLETA

El ciclismo—Desde el punto de vista de la higiene—El exceso—Opiniones profesionales—El traje del perfecto velocipedista—Ve ocidades comparadas—El triunfo de la bicicleta—El gasto de fuerzas—Progresos de comodidad y de higiene—Inconvenientes salvados—En marcha.



ESTAMOS en pleno reinado de la bicicleta. Los velocipedistas nos salen al paso en todas partes, y ya comienzan á divisarse en algunos paseos, ejemplares simpáticos de *velowomen*,—velocipedistas mujeres. Tenemos un Club de velocipedistas que organizan largas jornadas, y lo que habría sido extraño, pueril y casi ridículo hace algunos años, es hoy corriente, social y hasta elegante. En otro tiempo, el velocipede, regularmente en forma de caballo, y nada veloz, era juguete de niño; hoy, la bicicleta es usada hasta por hombres de Estado,—que por lo regular son más diestros en este manejo que en el de la cosa pública.

Por esto, pueden ser de interés y de actualidad algunas observaciones relativas á esta moda que se desarrolla rápidamente, y que voy á tomar de donde las encuentre.—Como todo el mundo, me he encontrado yo en el caso de emplear el ejercicio muscular, de elegir alguno, y me he preguntado cuál es el mejor de todos, si el ejercicio á pie, el caballo ó la bicicleta. Es probable que lo mejor absoluto sea la combinación higiénica y metódica de todos ellos; pero cuando no se dispone del tiempo suficiente para dedicar su parte diaria á todo lo bueno hay que limitarse á lo mejor relativo. Para poder contestarme con conciencia á mí mismo, he procurado investigar un poco las cosas, y es un breve resumen de esas investigaciones, en lo relativo á la bicicleta, lo que voy á ofrecer á los aficionados. Habría mucho que decir, pero en los ejercicios del lápiz, como en los de los músculos, tiene uno que amoldarse á la medida del tiempo y abreviar lo posible.

Desde luego, bajo el punto de vista de la higiene, la velocipedia tiene decididos partidarios. Muchos médicos europeos, y algunos de los más renombrados, practican este sport, y no es raro encontrar quienes han dejado el *coupé* por el velocipede para visitar á su clientela, por lo menos en las horas de la mañana. Nosotros no hemos llegado todavía á ese desarrollo bicciclista.

Lo que está averiguado es que este ejercicio pone en movimiento muchos músculos, activa la respiración, regulariza la circulación de la sangre, destiende los órganos congestionados, atrae la sangre á la piel, y ejerce una influencia saludable en el sistema nervioso central. Está averiguado también que es un ejercicio agradable, puesto que todos los que lo practican hallan en él un placer; y por último, es evidente que la bicicleta es un sport más económico que el caballo, puesto que no exige gastos de pesebrera, y entre nosotros no hay ni siquiera patente que pagar, como sucede en otras partes.

**

Sin embargo, la bicicleta no es higiénica sino á condición de que sea moderada. Hay lo que los franceses llaman el *surmenage* del velocipede, el exceso de uso. Los aficionados me permitirán exhibirles aquí algunas opiniones autorizadas, que conviene que tengan presentes.

Según el profesor Cornil, todo aquel que se recarga ó excede, que *«se surmène»* físicamente, se expone á desarreglos de dos órdenes. En primer lugar, toda fatiga corporal exagerada tiene

por resultado activar en grande escala los latidos del corazón. El corazón es un músculo, y tiene como todos los otros la propiedad de ensanchar con el esfuerzo; por consiguiente, el abuso de los ejercicios fatigantes provoca la hipertrofia del corazón, con todos los resultados naturales de esta enfermedad.

En segundo lugar, el exceso de trabajo muscular engendra á menudo una verdadera intoxicación, que acaso tiene alguna parte en los envenenamientos de alcohólicos que beben con exceso después de un día de trabajo material también excesivo. En efecto, nuestro organismo, en sus funciones habituales, desprende cierta cantidad de productos de combustión, que son verdaderos venenos, pero que se van alimentando á medida que se forman, por medio de nuestros secretores. Esta correlación entre la formación y la eliminación de venenos orgánicos es la que queda interrumpida y alterada por completo cuando hay exceso de trabajo físico. Los productos de combustión se hacen mucho más abundantes, y los medios de expulsión se vuelven insuficientes para arrojar el veneno que se forma. De aquí provienen graves desórdenes en la economía, una fiebre á veces violenta, que se llama *«du surmenage»*, y en fin, todos los síntomas y todas las consecuencias de un envenenamiento que presenta los más graves peligros cuando no se le remedia inmediatamente.

El doctor Lagrange, otra celebridad médica, habla también de esta intoxicación producida por el abuso del esfuerzo físico. Observa este profesor que, si después de un exceso de trabajo corporal, se declara una neumonía, una erisipela, estas enfermedades se vuelven casi siempre infecciosas. De la misma manera, y en análogas circunstancias, las heridas más leves y benignas se complican con accidentes de septicemia, notándose fácilmente que no es un germen extraño lo que ha viciado la sangre, sino que es todo el organismo el que está intoxicado.

Hace el doctor Lagrange esta observación curiosa: que al exceso de trabajo debe atribuirse la mayor parte de ciertos accidentes que se achacan por lo general al calor del sol, y que se designan variablemente, y sin razón, con el nombre de insolación; y en apoyo de su doctrina, hace notar que, en todos aquellos que andan á caballo y al sol, esos accidentes son muchísimo más raros que en las cabalgaduras mismas.

**

El doctor Bilhault es mucho más explícito todavía.—«Condeno en absoluto, dice, las hazañas de los velocipedistas, andarines, y otros. No prueba nada, ó muy poca cosa en cuanto á la resistencia y á la fuerza real, y en cambio son excesos condenados resueltamente por la fisiología y la etiología.

«Por lo que respecta especialmente al ciclismo, puedo asegurar que todos mis colegas de club médico velocipedista están unánimes en censurar los esfuerzos como los de Ferrou y Corre, ó como los viajes de París-Brest, y otros semejantes. El exceso tiene una acción funesta sobre el sistema circulatorio, y por consecuencia, paraliza la nutrición general; puede además, obrando sobre los nervios, anular el influjo nervioso, este potente regulador de la máquina humana».

De modo, pues, que los ejercicios físicos al aire libre, donde la respiración se efectúa ampliamente, tales como el andar á pie, á caballo, la gimnástica, el ciclismo, y otros, constituyen un excelente tónico pulmonar, pero á condición de que se practiquen moderadamente. Desde que se abusa, originan desgaste y desequilibrio de los órganos, y los residuos de la combustión no tienen salida fácil y proporcional. Por lo demás, en esto, como en todo, no hay una regla absoluta.

El uso, aunque no sea excesivo, de la bicicleta, puede no convenir á todos los organismos. El único juez en estas materias es el mismo experimentador, no sólo en cuanto á la duración del ejercicio, sino en cuanto al propio ejercicio. Cada uno podrá apreciar experimentalmente si la posición especial del cuerpo sobre el velocipede, y el movimiento particular de las piernas, le conviene más ó menos que el ritmo ordinario y natural de la marcha.

Para auxiliar á la comodidad y á la higiene, los velocipedistas, de acuerdo con los médicos, han combinado su traje especial. Consiste en un vestón corto, recto, semejante al dolman, camisa de franela, y sin chaleco. Pantalón corto, con hebillas ó broches en la rodilla, porque la liga ó el elástico incomodan y detienen la circulación de la sangre. Medias de lana, sujetas por presillas al pantalón. El calzado debe ser de taco plano, bajo, y abierto ó rebajado, con suela blanda.

No es fácil que nuestros ciclistas adopten desde luego el traje técnico, pero ello vendrá al fin. Todo es asunto de comenzar,—y de moda.

**

Y parece que el ciclismo no es una moda efímera; ha prosperado tanto, y encuentra tantos adeptos, que su porvenir está asegurado. Si se comparan los velocipedos de hoy con los juguetes que conocimos ha muchos años, hay que reco-

necer que acaso ningún invento de la mecánica ha progresado tan rápidamente en menos tiempo. Y el desarrollo y perfeccionamiento de las cosas están en razón directa de la demanda.

La fabricación de velocipédos es hoy una industria considerable. En 1891, los derechos de aduana pagados en Francia por importación de velocipédos, tanto concluidos como en piezas sueltas, ascendieron á 12 millones de francos; en 1892 se elevaron á poco más de 7.000.000, á causa de las fábricas que se establecieron en el país. En Inglaterra se fabrican anualmente 130.000 velocipédos completos, sin contar las piezas sueltas.

La fábrica de Coventry ocupa 1.500 obreros exclusivamente en velocipédos. Solamente en París, se calcula en 30.000 el número de velocipedistas, y esa cifra es seguramente muy inferior á la verdadera, porque el cálculo se basa tan sólo en los que son vistos por las calles y paseos públicos.

En el año de 1892, la prefectura de policía expidió 12.000 permisos de circulación. En el período de 1892 y 1893 se han vendido en París más de 60.000 velocipédos.

Si la afición se desarrolla en tales términos, es porque tiene evidentemente su razón de ser. Y en efecto, el velocipédo ofrece ventajas que no se encuentran en otra parte. Desde luego, la rapidez de locomoción. Es bien conocida la experiencia hecha en los Estados Unidos por Mr. Johnson, que venció á *Nancy Hancks*, la yegua trotadora más rápida que se haya conocido: el velocipedista hizo una milla—1.600 metros, en un minuto cincuenta y seis segundos, y la famosa yegua empleó dos minutos cuatro segundos.

Hay todavía numerosos ejemplos, que seguramente no son ignorados por los ciclistas. Recordemos la hazaña de Ferront, el mismo velocipedista nombrado por el doctor Bilhaut en la cita que he hecho más arriba; partió de París el 6 de septiembre de 1891, á las 7 a. m.; llegó á Brest, y estuvo de vuelta en París al tercer día, á las 5.25 a. m.; haciendo así en 71 horas 1.208 kilómetros. En la rápida jornada á caballo hecha después por oficiales de ejército, como apuesta, entre Viena y Berlín, el vencedor recorrió los 565 kilómetros que separan á las dos capitales, en 71 horas; de modo que no hizo, en igual tiempo, la mitad del camino recorrido en velocipédo por Ferront.

Para terminar este punto, he aquí algunas velocidades indicadas por M. Mousset, velocidades excesivas hechas en una hora: el tren de Mittland Railway, el más rápido del mundo, 115 kilómetros; un trineo sobre hielo y á vela, 82 kilómetros; un caballo de carrera al galope, 60 kilómetros; un torpedo 52 kilómetros; una bicicleta, 50 kilómetros; un corredor á pie, 22 kilómetros; un andarín, 15 kilómetros; un nadador, 4 kilómetros.

Pero hay que tomar en cuenta que esas velocidades, aunque referidas á una hora, están calculadas por la que se obtienen en unos pocos momentos, en un cuarto de hora, á lo más y que, por consiguiente, no se mantienen uniformes que todo el espacio de una hora ni mucho menos, ni el tiempo de la experiencia se prolonga más.

He aquí las velocidades exactas que se han obtenido haciendo la experiencia durante una hora: cabal: hombres á pie, caminando sin correr, 13 kilómetros; hombres á paso gimnástico, 18 kilómetros; caballo al trote, 32 kilómetros; bicicleta de 9 kilos y medio de peso, con goma neumática, 40 kilómetros.—El triunfo es de la bicicleta.

Un hombre que anda, no avanza más de 1 metro 50 á 1 metro 65 en un movimiento de ambas piernas, es decir, cada dos pasos; el ciclista, con un movimiento análogo avanza, según el diámetro de su velocipédo, ó más exactamente, según la relación que existe entre el piñón trasmisor á la rueda dentada, una especie superior á 5 metros. Si con el ejercicio se apresura el ritmo del pedal, se puede dar por segundo vuelta y media, y avanzar 7 metros 50, 10 metros, y 12 metros 50 por segundo.

Y entre tanto, la fatiga corporal no está en relación con el trabajo efectuado, ni muchísimo menos con el resultado obtenido. Al andar, el cuerpo carga sobre ambos pies, mientras que en el velocipédo, el ciclista va sentado, y cambia por completo el soporte; por eso, al principio, el cansancio es grande en ciertos músculos, pero con el hábito, la fatiga se hace casi inapreciable.

Y luego, esta fatiga se ha reducido aun considerablemente por el uso de la goma neumática, que señala un gran progreso en la velocipedada. Las trepidaciones que antes se sentían eran sumamente molestas, y dañaban á la larga el sistema nervioso. Los resortes de suspensión, inventados y modificados hasta lo infinito, no producen resultados atendibles; pero la yanta neumática de goma ha dado una solución satisfactoria á este interesante problema. Este tubo de goma, lleno de aire comprimido, hace que el velocipédo vaya rodando, no ya sobre el suelo áspero, sino como sobre el aire, sobre un colchón atmosférico que apaga los sacudimientos y debilita los choques.

Pero como nada es perfecto en este mundo, el tubo de goma con aire comprimido ofrece un peligro, un guijarro puntiagudo, un fragmento de vaso de botella, un clavo con la punta al aire, producen perforación, y hay escape de aire; el tubo, vacío y roto, se vuelve inconveniente en vez

de ventajoso. De esto se preocupan hoy activamente muchos industriales, y ya se ha dado también su primera solución satisfactoria á este nuevo problema. El doctor Loissel ha encontrado ya el tubo inhendible ó inviable que permite desafiar los filos y las puntas del camino sin desperfeccionar el aparato.

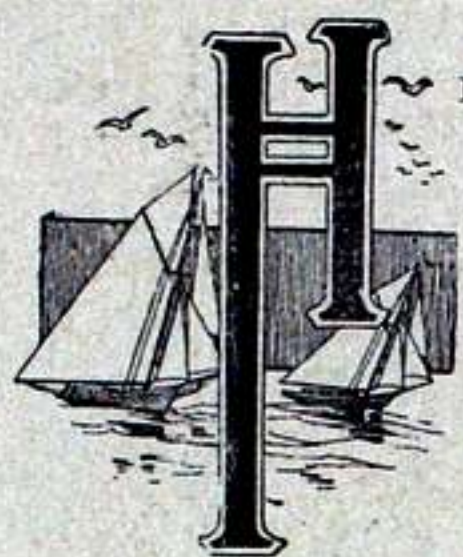
Pero tal vez estoy quitando demasiado tiempo á algún aficionado: arriba, pues, y á dar una vuelta.

PABLO DANTE.



WARRIOR

A Graça Aranha.



ERÓCULO el cuello; cuadrado y robusto el lomo; corto de patas; ancho de torax; la piel blanca como la de un oso polar; atravesado el cartilago de la nariz por gruesa argolla de hierro, sobre la cual se dilatan, en un potente resoplido de fragua, las ventanillas chatas, húmedas y abiertas: tal es *Warrior*, el hermoso toro reproductor, todo fuerza, exuberancia de vida, toda nobleza de sangre.

Rey absoluto entre los otros ejemplares de la misma especie que lo rodean, reposa á la sazón, á la sombra, atado á un árbol, en el *puesto* donde se le recoge habitualmente.

Era la hora de la «siesta». El aire caldeado de la pampa llegaba hasta allí en ondas sucesivas, por intervalos ponían en movimiento las copas de los plátanos y eucaliptos, y alzaban en todo el monte un murmurar profundo y rumoroso como el de las olas del mar. El viento soplabá del norte y el termómetro debía de marcar por lo menos 30 grados en aquel refugio único, aislado en medio de la vasta extensión de llanura que lo circundaba por todas partes.

La casa del «puestero» se divisaba en medio de un pequeño bosque. Familia reducida: el padre, la madre y dos hijitos, el mayor de los cuales contaba tan sólo siete años, siendo el otro una criatura que no llegaría á tres, blanca, rubia, sonrosada, de carrillos frescos y lozanos, labios rojos, y unas pupilas como pedazos de cielo....

Acababa de detener mi caballo en el *puesto*, con el propósito de descansar un instante y visitar á *Warrior*.

El fiero bruto, al ver que alguien—cuya silueta no le era familiar—se le aproximaba desde lejos indiscreto y confiado, se incorporó.

En ese momento oí la voz del puestero que me gritaba, adelantándose:

—¡Cuidado, señor! ¡Es malo!...

¿Malo *Warrior*? ¡Imposible! ¿Malo aquel admirable producto de una raza nobilísima, en que la selección artificial—al ir determinando poco á poco, al través de numerosas generaciones, el aumento y desarrollo de la talla y del vigor físico—había obtenido; á la vez, el prodigioso resultado de reducir casi en absoluto el instinto de ferocidad nativa y el tamaño y poder de las formidables armas de combate con que la naturaleza lo dotara? ¿Malo *Warrior*?... ¡Vamos!...

—Es malo, sí, señor,—malísimo!—insistió mi hombre, que se había aproximado al sitio desde donde observaba yo al hermoso toro. Y, entonces, para probarme que cuanto decía era verdad, comenzó á referirme varios hechos: en una ocasión había atacado *Warrior* á su propio cuidador, hiriéndolo gravemente. En otra,—después de romper el fuerte lazo que lo ataba—habíase escapado para arrojarle con furia sobre otro toro. El titánico combate había durado más de media hora. Para conducir al campo al brioso cornúpeto ó traerlo al *puesto*—á pesar de su anillo de seguridad—era preciso tomar ciertas precauciones. El toro no permitía que nadie marchara delante de él; sólo toleraba que se anduviese á su lado, etc.

Mientras hablaba el campesino, *Warrior*, plantado sobre sus cuatro patas, en actitud hermosa y hostil, á la sombra de su árbol—que era también su cárcel—nos miraba con fijeza. De cuando en cuando sacudía las astas, rascaba el suelo, y resoplaba violentamente, haciendo volar el polvo con su poderoso aliento.

Contemplándole me hallaba, cuando de pronto salió de la vivienda la mujer de mi interlocutor, una joven y robusta muchacha italiana, apuesta y gallardota, que acudía á saludarme y ofrecerme asiento y mate, con esa bondad ruda y gentil á la vez, propia de los campesinos europeos aclimatados ya del todo en nuestra América.

Conversamos durante algunos momentos. Ella también temía á *Warrior*,—único toro, entre todos los que allí dormitaban perezosamente en aquellos instantes,—al cual no se acercaba jamás.

Había sido testigo de la fiera del animal y no podía contemplarlo sin cierto instintivo pavor.

Un carro colmado de verde hierba, recién cortada y olorosa, entró al *puesto* en ese momento. Los caballos que lo arrastraban, jadeantes, polvorientos, cubiertos de sudor, se detenían, por fin, á la sombra bienhechora del monte; el *carrero* echaba pie á tierra y se disponía á «desatar». Pero el hombre del *puesto* lo detuvo, con una señal y pidiéndome excusas, apartóse un buen trecho, alejándose después hacia afuera en compañía del que acababa de llegar.

Entre tanto, distraído, haciendo preguntas, que me eran contestadas por la buena mujer, descansaba yo bajo el follaje, respirando á plenos pulmones el aire saturado del delicioso aroma de los eucaliptos, al cual se mezclaban suaves emanaciones del trébol y de flores silvestres que el viento de afuera traía en sus alas. Desde allí érame dado contemplar la dilatada extensión de tierra plana, interrumpida á trechos por manchas de vegetación, oscuras, temblorosas, esfumadas á la distancia; ó por puntos movible, de variado color—blancos, negros, rojos, opacos, según fuera el de los animales que pacían silenciosamente «al rayo del sol». Cuatro, seis, veinte avestruces, repartidos aquí y allá, hundíanse hasta el pecho en un campo sembrado de alta alfalfa, y semejaban así, al hendir la hierba rizada por la brisa, enormes cisnes de plumaje gris que surcaban la superficie de algún lago extraño cuyas aguas fueran verdes como las ondas del océano tropical.

Mi interlocutora hablábame de sus chicos, de su faena cotidiana, de sus gallinas y de sus pollos. Los zorros, las comadrejas y otras dañinas alimañas solían arrebatárle parte de su propiedad cada noche. Se les perseguía, se les mataba á veces, sobre todo desde que podían disponer en el *puesto* de dos buenos perros de caza.

En estos y otros temas hallábamonos entretenidos, cuando un grito, un grito estridente, nos heló la sangre en las venas. La chiquela mayor, la niña de siete años, corría hacia nosotros, y gesticulando, indicaba desde lejos la dirección en que se encontraba *Warrior*....

Volvimos la vista, y ¡oh espanto!... El pequeño—el de los ojos azules y de los cadejos ensortijados,—hallábase no sólo vecino al terrible toro, sino que, arrastrándose «á gatas» por el suelo, inconsciente, risueño y encantadoramente curioso, llegaba ya hasta el sitio donde aquél permanecía atado; se deslizaba, en seguida, entre las patas mismas del bruto bravío y, tocándolas con una de sus manecitas, se divertía en golpearlas, revolcándose luego sobre el pasto, entre gritos y demostraciones de júbilo; todo lo cual lo convertía en un torbellino viviente de bucles de oro y carnes color de rosa....

Otro grito, más estridente y desesperado aún—el grito angustioso de la madre—respondió al de la niña mayor.

—¡Juan!... Juan!... ¡Ayuda!—exclamaba la pobre mujer, á la vez que corría desatinada hacia el peligro....

Pero Juan se había alejado ya. Había seguido, sin duda, al carro que, tomando el camino de un galpón distante, divisábase á lo lejos con su carga, despachado evidentemente del *puesto*, con motivo de alguna orden diversa de la que le hiciera llegar hasta él.

—¡Juan!... ¡Dios mío!... ¡Juan!...

Horrible expectativa.

El niño se abrazó de una de las patas traseras del toro. *Warrior*, al sentirlo volvió la cabeza con rapidez, dobló el cuello, hizo un movimiento brusco, bajó los cuernos, y... púsose á olfatear á la criatura, resoplándole fuertemente en el rostro.

El chiquitín, al sentir el tibio aliento de la bestia, hizo una cómica mueca de disgusto, y reuniendo todas sus fuerzas, dió al toro un puñetazo en el hocico. Satisfecho, en seguida, de su acción, palmoteó las manos y lanzó una carcajada....

Warrior recibió el golpe, sacudió la cabeza, dió uno de sus terribles resoplidos, giró el cuerpo y se quedó un instante absorto. Mas no demoró mucho en tomar su partido: olfateó de nuevo al chico—que se incorporaba ya para repetir su hazaña—y con un empujoncito de los cuernos, suave como una caricia, lo sentó de golpe. Nueva carcajada del querubín y nuevo puñetazo en el hocico del monstruo....

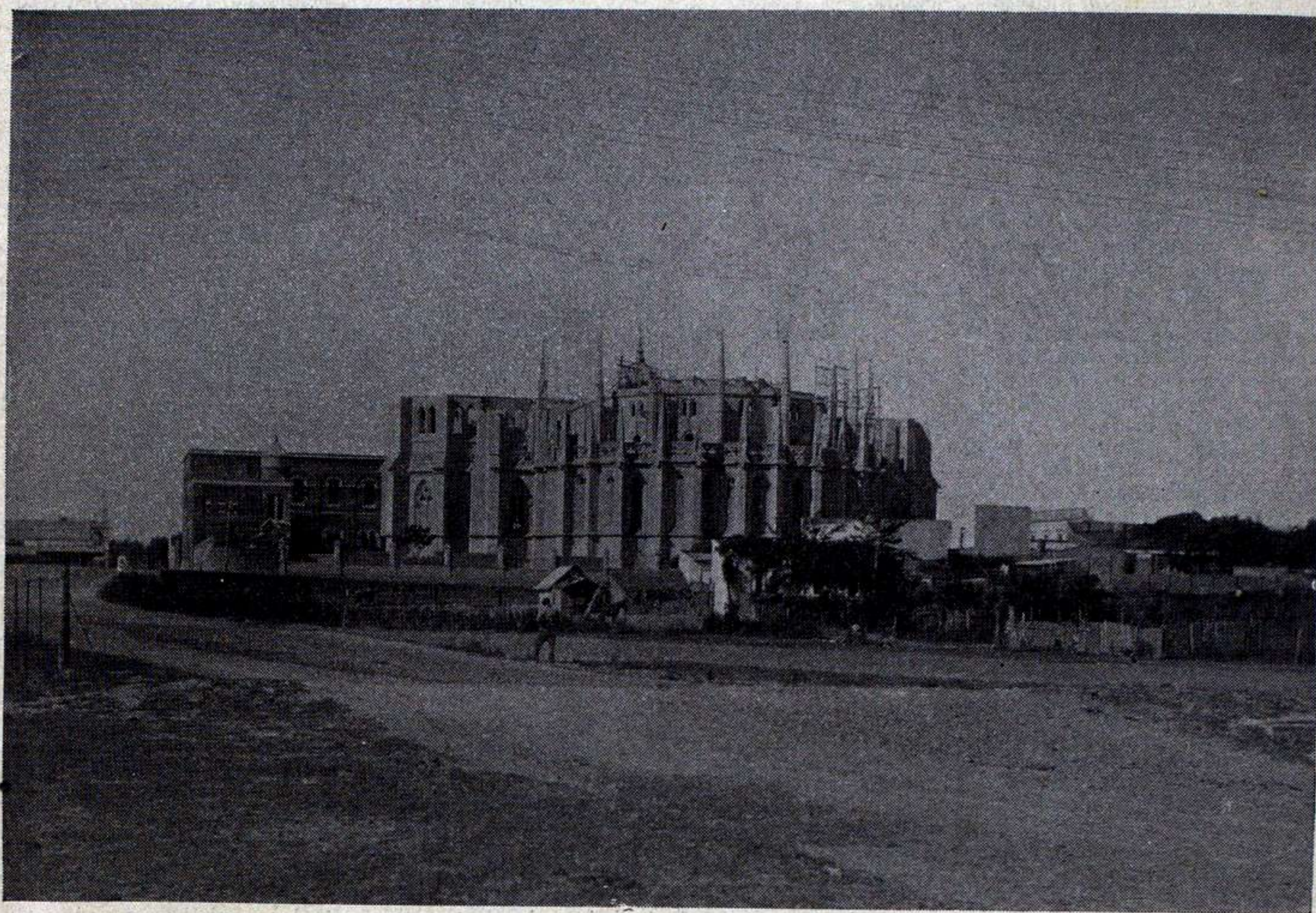
El monstruo estornudó, como un perro faldero á quien, jugueteando, se le hace oler pimienta; sacudió otra vez los cuernos; mugió sordamente y se quedó impasible.

—¡Mú?! imitó el chico....

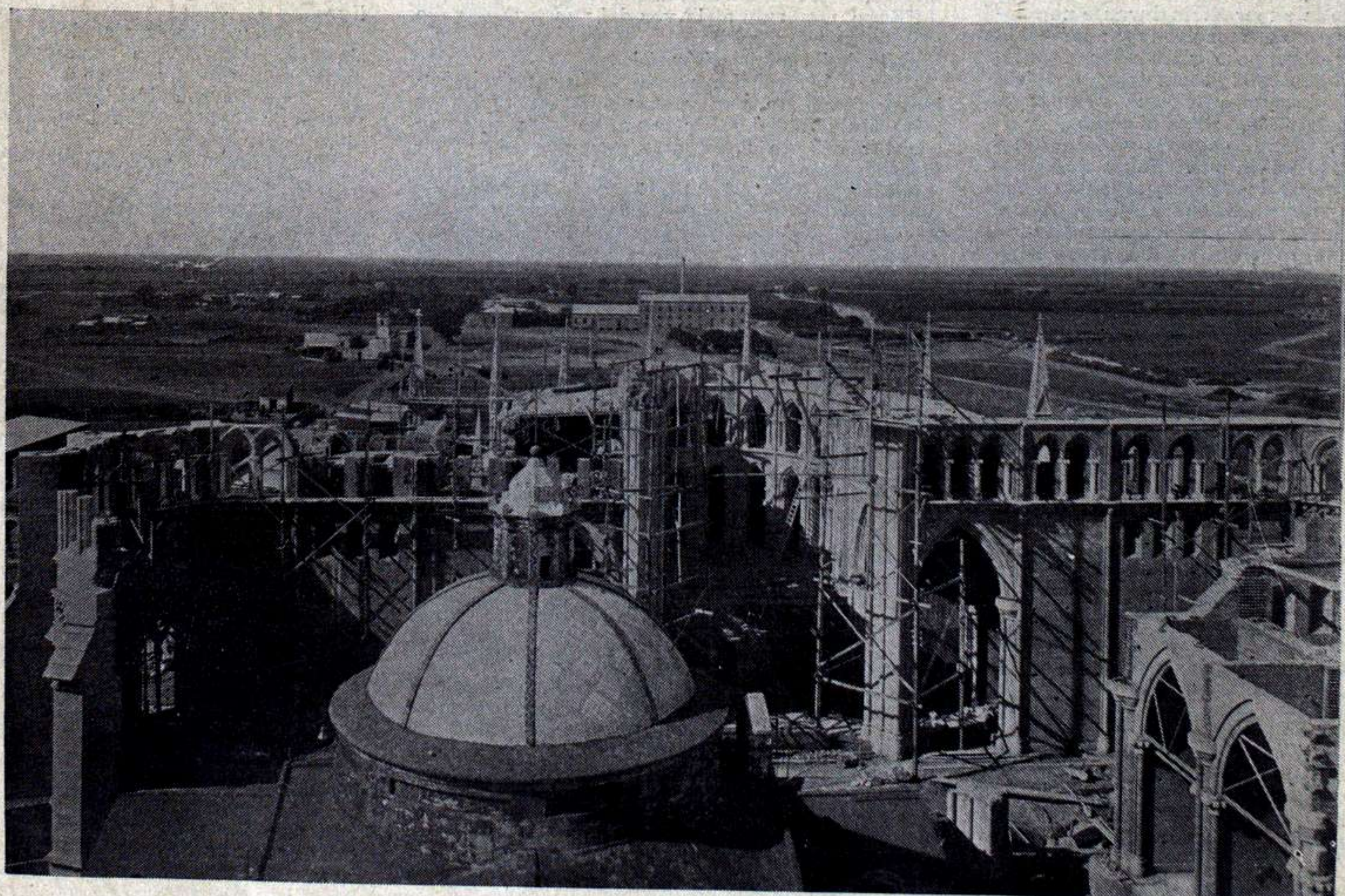
Esta escena había durado apenas unos cuantos segundos. Rápida como una sucesión de relámpagos se desarrolló ante mi vista atónita. No me había dado siquiera el tiempo necesario para tomar una determinación cualquiera. Paralizado de espanto en el sitio en que me encontraba, sólo atiné, un instante después á seguir inconscientemente á la madre, que se había abalanzado hacia el peligro sin reparar en él.

Cuando llegamos ambos al lado de *Warrior*, *Warrior* se había echado en el suelo, estiraba el hocico y, parpadeando con rapidez, esquivaba, sin otra demostración de defensa, los golpes y

LA NUEVA BASILICA DE N. S. DE LUJAN EN CONSTRUCCION



VISTA EXTERIOR



VISTA INTERIOR

palmadas que el niño, tirado de espaldas, y como siempre, chacoteando y riendo—con su carcajada sonora y cristalina—le propinaba á sus anchas, en los ojos y en la nariz, no ya tan sólo con ambas manos, sino también con los pies y con una pequeña varita de plátano.

La aterrada madre alcanzó, por fin, á su hijo, y, arrastrándolo por una pierna, con un movimiento brusco y ágil de gata que recobra á su pequeñuelo, y un grito ahogado de mujer, grito que participaba á la vez del sollozo, del júbilo y de la cólera, alzó el cuerpecito en los brazos, lo apretó contra el seno, lo besó furiosamente, y, en seguida, con furor no menos encarnizado, hizo llover sobre él una terrible tunda de mojicones....!

El niño—que hasta entonces, entre los cuernos del monstruo, no había hecho más que reír y rebotar,—entre los brazos de la madre, que, tan enhoramala, según él, lo castigaba tras de arrebatarse su divertido juguete, prorrumpió á llorar, á llorar amargamente....!

ALBERTO DEL SOLAR.

y se hicieran capaces de discutir, de aconsejar, de hablar de los negocios que preocupan á los maridos, éstos no irían á buscar al club con quien comentar los asuntos políticos, por ejemplo, ó las cuestiones del día, ó con quien discutir mejor sobre tal ó cual negocio?

«¿Será cierto, tía Pepa, lo que nos repiten siempre las mamás, que los hombres de la generación presente son tan embusteros que no se les puede creer cuando hablan de amor; que ya no hay ni parecidos á aquellos que fueron sus maridos; que hoy sólo se ocupan los jóvenes de jugar con el corazón de las niñas; que es gloria para ellos poder decir que se han estado divirtiendo con dos ó tres?»

«De qué provendrá esta ligereza y superficialidad en un asunto de capital importancia? Acaso el dragoneo los habrá acostumbrado á jugar con cosa tan seria? Disculpe á su sobrina—Inés.»

Efectivamente, el asunto es serio. Queda, pues, planteado, y dejó la solución á los interesados.

Convenido: ya que algunas sobrinas modestas me piden platos comunes y vulgares, he aquí uno, que, después de todo, no es absolutamente vulgar: patas á la jardinera.

Se cuecen las patas durante cuatro ó cinco horas, en agua con zanahorias, cebollas, laurel, sal y pimienta. Una vez cocidas, se retiran con cuidado, se les saca el hueso grande, se parten en pedazos, y se arreglan en forma de corona ó círculo en un azafate redondo.

Se coloca este azafate sobre la olla de caldo en que se han cocido las patas, y se pone en el centro libre de la corona un trozo de grasa, pepinos en rebanadas y perejil picado. Se deja derretir la grasa al calor del caldo, y en seguida se añaden dos yemas de huevo, deshechas en tres ó cuatro cucharadas de caldo de las patas, que no se debe dejar en ningún momento frío. Se sazonan con sal y pimentón los trozos de pata, se revuelven en el azafate para cubrirlos con la salsa descripta, que debe ser clara. Por último, se colocan con arte en el azafate, adornando con rebanadas de pepino.

LA NUEVA BASÍLICA DE N. S. DE LUJÁN EN CONSTRUCCIÓN



CLAUSTRO

PARA EL HOGAR

Temas sociales.—Sopa de tortuga.—Patas á la jardinera.—Para evitar las pecas, grietas, raspaduras, etc.—Para poner brillante el calzado.—De sobremesa.



REFIERO ceder la palabra á mi sobrina Inés, en vez de discutir con ella sobre los puntos que me insinúa en su carta.

La inteligente sobrina me escribe entre otras cosas:

«No le parece á usted, apreciada tía, que, en vez de preocuparse tantísimo las mujeres de que el marido, al volver del

club, donde dicen que se come admirablemente bien, encuentre la sopa de su casa exquisita y no extrañe y no establezca comparaciones, ellas harían muy bien de ocuparse mucho más de encontrar el medio de retener al marido en la casa, de tal manera que ni desee ir al club?»

«No le parece que si las mujeres fueran menos frívolas, si tuvieran más estabilidad en lo que piensan, si cultivaran su espíritu, su inteligencia

Entretanto, y aunque para la sobrina Inés la cocina sea cosa secundaria en el hogar, yo creo que la buena mesa en la casa es un elemento eficaz para hacer competencia al club. Los hombres son así, tan prosaicos y positivistas!

Con que, una sopa de tortuga, llamada *Mock-turtle* por los ingleses, no les vendrá mal á ellos.

Se trata de una imitación, porque no siempre hay tortugas á la mano, pero de una imitación bastante feliz, que ha de agradar á los entendidos.

Hacéis cocer en agua, con un poco de sal, un trozo de cabeza de ternera, y si no tenéis cabeza de ternera, podéis reemplazarla sin gran desventaja por una pata de vaca. En seguida, ponéis en una cacerola mantequilla y harina, revolviéndolas en fuego vivo hasta que se mezclen bien; cuando esta masa haya tomado un poco de color, le vaciáis el agua necesaria para la sopa, cuidando que quede un poco espesa, como un caldo sustancioso, ó como un jugo de carne; ponéis ahí la cabeza ó la pata, cortada en pedacitos pequeños, con un ramo de yerbas, y un clavo de olor; hacéis hervir dos horas cuidando de espumar bien; agregáis dos ó tres cucharadas de coñac, ó una copa de vino blanco y luego un poco de ají.

Quitáis el ramo de yerbas, y servís caliente.

Durante toda la operación, el azafate debe mantenerse sobre una olla con agua ó caldo hirviendo.

Muy bueno es borrar las pecas, y ya he dado para ello algunos procedimientos. Pero lo más prudente es precaverse contra ellas, y al mismo tiempo contra las peladuras que causan el viento ó el sol.

He aquí una pomada maravillosa para proteger el cutis contra esos accidentes:

Cerote sin agua.....	40 gramos
Sulfato de quinina.....	2
Cloruro de baryum.....	1

Por la mañana, después de lavarse, se frota ligeramente la piel, y ésta se encuentra así perfectamente protegida contra pecas, sarpullidos y grietas.

¿Queréis un procedimiento sencillísimo para dejar brillante y como barnizado el calzado de cuero ó cabritilla?

Humedeced una escobilla con algunas gotas de

petróleo y frotad vigorosamente los zapatos, previamente lustrados: con esto quedarán tersos y lucientes como un espejo.

DE SOBREMESA

Se le pregunta á un campesino cómo estaban las cosas por su tierra.

—Malito, señor; pero, á Dios gracias, no nos falta que comer, y bueno, en la casa.

—¿Y que es lo que comen ustedes?

—Matamos un medio cordero todas las semanas.

Juanito, al oír decir que las ostras se comen vivas, siente por ellas viva compasión.

—¡Pobres! deben sufrir mucho; ¿y cómo no gritan?

—Nada, niño, observa papá Gedeón: no sufren nada; ya están acostumbradas!

TÍA PEPA.



SIN TESTIGOS

A MI REINA.

Calla, no es la verdad! Deja que acabe mi triste vida, sola, como empieza: Tú no puedes quererme, el alma sabe que ya en tu inmenso corazón no cabe otra nueva pasión ni otra tristeza.

Conozco las escenas de tu drama; he comprendido el doloroso enredo; sé que hubo un soplo que apagó la llama y hoy que mi corazón te dice: ¡jama! tu corazón responde ¡ya no puedo!

Calla.... no es la verdad. ¡Está cerrado el templo del amor: sólo despojos en el desierto altar has conservado, y el doliente fantasma del pasado es la visión perpetua de tus ojos!

No hay expresión que conmoverte pueda, no me digas que crees.... calla.... calla.... quedó la fe en tu espíritu cual queda la espada rota que en la lucha rueda sobre el sangriento campo de batalla!

Mas.... déjame á tu lado: me fascinas, me haces soñar, me elevas y me asombras, seré un rayo de luz en tus neblinas, seré un festón de hiedra entre tus ruinas, seré un lucero pálido en tu sombra!

LUIS G. URBINA.



CUENTOS AJENOS

MARTA

I



QUEL día Marta de San Paulo esperaba algunos amigos á comer en su hotel del bosque de Boulogne. Estaba ligeramente escotada, con los brazos desnudos; la luz de la bujía hacía resaltar los tonos mates de su piel de criolla, y sus ojos brillaban con un fulgor extraño.

Se encontraba en esa hermosa edad de la mujer, los veintiséis años, y en toda plenitud de su belleza. Se había casado seis años antes con un rico brasileño, mercader de joyas, que murió dejándola sin hijos y con una fortuna de varios millones. Ya viuda, fué á establecerse á París; y formaba parte de ese mundo cosmopolita que pasa el invierno en Niza, la primavera en París, el estío en Biarritz, y el otoño no se sabe dónde.

Marta debía casarse dentro de algunas semanas con el coronel de Bruyères, uno de los más valientes oficiales del ejército francés.

El coronel de Bruyères estaba perdidamente enamorado de la joven viuda. Todo lo tenía preparado para la boda.

La diferencia de fortuna no se consideró como obstáculo. El coronel Fernando de Bruyères no tenía más que 12,000 francos de renta, lo que Marta gastaba en un mes; pero, en cambio, llevaba al matrimonio un gran nombre y su carrera militar había sido muy brillante. Todos sus grados los había conquistado en las expediciones de África y del Senegal y en la guerra de Tonkin; tenía una magnífica hoja de servicios. Era uno de los coroneles más jóvenes del ejército y estaba seguro de obtener en breve el mando de una brigada.

Fernando ocupaba aquella noche en la mesa la izquierda de la linda brasileña; á su derecha se sentaba el general X..., bajo cuyas órdenes Fernando había hecho sus primeras armas y que debía firmar en calidad de testigo el acta de su matrimonio.

—¿Sabéis, —señora,—dijo el general—lo que hoy se decía de vos en casa de la marquesa de Galilea?

—¿Qué se decía, general?

—Que asistís todos los días á las representaciones que da en la feria el domador Benito, y que ese espectáculo parece divertiros mucho.

—¡Oh! no os han engañado, general. Pero Benito y sus leones se van mañana, y ya no asistiré á la última representación. Y os juro que lo siento, porque es más que posible que esta misma noche le devore Tirano, uno de sus leones. ¡Qué lástima no poder ver eso!

—Vamos, vamos, señora! No os empeñéis en que formemos un concepto innecesario. Es un espectáculo demasiado cruel para que os divierta. Tenéis un excelente oración. Vuestros criados, los pobres, que jamás se os acercan en vano, no lo ignoran. Yo no puedo creer que os agrade presenciar como un hombre sale despedazado de entre las garras de una fiera.

—Pues, coronel, al asistir á esos ejercicios, yo no hago más que lo que hace todo París. Yo no deseo, ciertamente, que ese hombre sirva de cena á uno de esos leones; pero si ello ha de ser, no me disgustaría estar allí. Los brasileños somos algo feroces á veces y nos desvivimos por las emociones fuertes. Hay que tomarme como soy: con las virtudes y los defectos de mi raza. Además, Benito me interesa. Es un artista, una gran figura. Y me aseguraron que cuando yo asisto á las representaciones, se excede á sí mismo y hace trabajar á sus leones mejor que nunca.

—¡El infeliz os ama quizás en silencio!—exclamó el general.

—¡Un gusano enamorado de una estrella!—murmuró pedantesco el visconde de Grenache, que la vispera había ido á ver «Ruy Blas» en el Teatro Francés.

—No lo sé—dijo Marta,—pero os aseguro que no me ha hecho ninguna declaración.

—Si tanto deseáis, señora, asistir á la última representación,—repuso el vizconde—nada más fácil. Hemos acabado de comer, partamos. En coche es una caminata de diez minutos. Son las nueve y media; llegaremos, pues, en el momento psicológico.

—¡Excelente!—dijo Marta frotándose las manos;—vamonos, caballeros.

—¡En marcha!

—Sin embargo—objetó el coronel,—yo debo declarar que esta expedición no me satisface por completo.

—¡Oh, que cargante!—dijo Marta—cuya mirada adquirió cierta dureza.—Capaz serías, con tal de no ir, de quedaros aquí á esperarnos, sólo, como un oso.

—Decididamente, os espero.

—Fernando,—suplicó la brasileña en voz baja, os lo ruego. Será un capricho, si queréis; pero, en fin, la primera vez que os pido un favor, un mes antes de casarnos, no debéis negármelo.... Esto sería comenzar demasiado pronto. Y luego, ya sabéis, no me he acostumbrado todavía á soportar desdenes....

—Sea! contestó el coronel de Bruyères,—os acompañaré.

II

Un cuarto de hora después, Marta y sus convidados entraban en el circo.

Benito abría en aquel momento la puerta de la jaula de los leones. Era un joven de veinticinco años, robusto y bien formado. Paseó, antes de penetrar en la jaula, una mirada sobre los espectadores. Cuando descubrió á Marta, que acababa de tomar asiento al lado de Fernando, sintió un ligero estremecimiento. No duró más de un segundo, pero bastó para que lo notara el coronel.

El domador penetró en la jaula y comenzó los ejercicios.

Estaba verdaderamente hermoso; fascinaba á las fieras, obligándolas á acostarse á sus pies ó á saltar á través del aro que les tendía.

—¡Qué bravo es!—exclamó el coronel al oír de Marta.—Hace lo que quiere de las bestias con el poder de su mirada: las magnetiza. Diríase que si volviere la vista un solo instante, si un ruido cualquiera distrajese su atención, se rompería el encanto. El animal que se aterra á sus miradas, se precipitaria sobre él y estaba perdido.

Marta no contestó; parecía absorta por el espectáculo que tenía delante.

Los ejercicios iban á terminar. Benito hacía trabajar á Tirano, el más vigoroso y salvaje de los leones de la Menagerie.

El animal rugía espantosamente.

Benito no le quitaba el ojo.

Hubo un momento en que, al apartarse para dejar al león espacio suficiente para saltar por encima del mango del látigo que tenía en la mano, el domador se encontró frente á frente del coronel y de Marta; rápidamente ésta se reclinó sobre su novio de tal suerte, que sus labios rozaron la barba del coronel.

Benito quedó inmóvil y pálido: no era ya al león á quien miraba.

De pronto, un grito de espanto, un solo grito lanzado por más de mil personas resonó en el circo.

Tirano se había precipitado sobre el domador y lo arrojó al suelo. Sus enormes garras se hundieron en su pecho y en su vientre, y sus dientes poderosos hicieron presa en la espalda del desgraciado. Lo devoraba literalmente.

Marta se cogió del brazo del coronel y se lo apretó.

Este la rechazó con un movimiento casi brutal. —¡Estaréis satisfecha!—le dijo;—la representación ha sido hermosa; ya tenéis la emoción que buscabais.

—¡Oh!—gritó Marta.—¡Daria la mitad de mi fortuna por salvarle!.... Corred, corred, amigo mío, sed de los primeros.

Algunos hombres, armados de barras hechas ascuas, lograron obligar á retroceder al león. La bestia se retiró, gruñendo, al fondo de la jaula, enseñando todavía entre sus dientes un trozo de carne palpitante. Benito fué retirado del circo perdiendo la sangre á chorros.

Cuando, al atravesar la pista, conducido en brazo de tres hombres, abrió los ojos y vió que se le acercaba el coronel, ávido de prestarle auxilio, aún tuvo aliento para decir, con voz apenas perceptible:

—Podéis decirle que ya he terminado.

El médico á quien se había avisado, llegó á toda prisa; de una ojeada comprendió que nada tenía que hacer.

Marta esperaba en el coche al coronel.

—Señora,—le dijo,—el domador no sobrevivirá á sus heridas. Esta madrugada morirá. Permitidme que os deje; por más que soy un soldado, y he visto muchas otras, esta escena me ha causado una impresión muy penosa.... ¡Adiós!

Y sin oír la contestación de Marta, después de haber estrechado friamente la mano enguantada que le tendía la brasileña, el coronel de Bruyères se alejó.

III

Por la mañana Marta recibió una carta. La letra era del coronel.

He aquí lo que decía:

«Cuando leáis esta carta ya habré salido de París. Me vuelvo á África y no espero volver á veros. He soñado, y anoche desperté. Os amaba con delirio, porque creía que la felicidad suprema consistía en poder pasar la existencia á vuestro lado. Hoy no podría quererlos. Vería siempre levantarse entre los dos el cadáver de ese desgraciado joven. Vos y yo sabemos que no fué el león quien mató al pobre artista.—Fernando de Bruyères.»

Marta pálida, ceñuda, leyó dos veces el billete del coronel.



EL PRINCIPE DE GALES

V

LAS PROPINAS



EL príncipe de Gales acaba de tomar una iniciativa mundana que se ha aprobado en París y que aprobarán ustedes también, estoy segura.

De aquí en adelante, tanto en Sandring Hamhouse como en Marlborough-Palace, resi-

dencia del príncipe de Gales, los sirvientes que aceptaran una propina serán despedidos sin ninguna otra forma de proceso.

Era tiempo de reaccionar en este concepto. La propina constituye hoy una de las más antiguas servidumbres mundanas, porque ha concluido por cambiar generalmente en molestia el placer que se puede disfrutar en ir á pasar algún tiempo en las quintas de los amigos.

Este impuesto aumenta de tal modo los gastos de residencia campestre, que se comprende perfectamente la frase de un espiritual parisiense de que, habiendo sufrido reveses de fortuna, se negaba á todas las invitaciones que se le hacían para pasar una temporada en el campo, diciendo: —No soy bastante rico para hacerme alimentar por los demás.

La Francia de hace veinte años, conocía apenas esta peste que le ha venido, como una epidemia, de otros puntos de Europa.

Un triste artículo de importación. En Alemania, el *kimkgeld* de los sirvientes es todavía más chocante que entre nosotros, ya que es costumbre que el invitado dé dinero á la camarera ó mayordomo por cualquier comida servida.

En Dinamarca, este impuesto tiene un carácter aún más vejatorio.

Los camareros se recomiendan á la atención del invitado por una especie de tarjetas semejantes á las que dan los inspectores de los teatros á los abonados cuando llega la época de los agnaldos.

Dejando aparte lo que pasa en el extranjero, la plaga de las propinas no ha perdido nada de su virulencia por haberse aclimatado tarde en nuestra servidumbre.

Donde asola de un modo odioso es en la caza. Un guarda de buena educación que tenga intención de tomar á su servicio el propietario de un castillo, se preocupará muy poco de los sueldos que obtenga. En cambio, no vacilará en preguntar el número de días que se dedicarán á la caza y el número de los invitados.

¿Cuál es el medio de remediar esta plaga? No es muy fácil de hallar. El que acaba de inaugurar el príncipe de Gales no está al alcance de todos los bolsillos, pues, como puede suponerse, el príncipe desquita á su servidumbre ampliamente por la pérdida de las propinas.

Los dueños de casa que quisieran tomar esta medida, se exponen á ver vacías sus casas de la noche á la mañana, pues es probable que los sirvientes, amenazados de perder sus gajes, les abandonarían en pelotón.

Hay una especie de francmasonería entre los sirvientes, que les permite aliarse, en caso necesario, para declararse en huelga y darse mutuamente una consigna con el fin de no entrar en las casas donde esté proscrita la propina, y entonces los señores se verán en la necesidad de poner su librea á algún mozo de labranza, con exceso de robustez, que mandarán traer del campo apresuradamente y entonces... ¡en cuántos tropiezos se verán!

Sin embargo, hay algo que hacer en el sentido indicado por el príncipe de Gales.

Partiendo del principio de que el primer deber de la hospitalidad es ser gratuita, los dueños de casa harían bien en advertir á sus invitados que no den nada á los sirvientes.

Dirigiéndose después á éstos, al principio de la temporada en que van á recibir á sus huéspedes, les hablarían así:

—Aumentaremos vuestros sueldos proporcionalmente al aumento de trabajo que vais á tener. La cuestión consistirá en fijar una cantidad que sirva de base á una transacción aceptable para ambas partes.

BARONESA LIVET.



EL MATRIMONIO EN ALEMANIA



DIEN de Alemania que la famosa ley, que, según el emperador Guillermo y sus consejeros actuales, debe poner fin á la propaganda socialista, contiene un artículo 130 que maniatá á la prensa de una manera definitiva.

Por este artículo se prohíbe atacar al trono, al parlamento, al capital, al ejército, á la familia y al matrimonio.

En el preámbulo del proyecto de ley se dice que «siendo el matrimonio la base de toda la vida social, permitir que se le ataque es dar al pueblo la impresión de que las bases de la sociedad son malas, son mentiras é injusticias».

El minimum de pena para los que contravengan este artículo 130 de la ley, contra la propaganda socialista, es tres meses de prisión; y ante esta amenaza claro es que las protestas no faltan.

Algunos escritores alemanes han hecho observar que con la nueva ley no hay obra del teatro clásico que pueda ser representada, porque no hay una que no contenga sátiras ó ataques al matrimonio. En apoyo de esta tesis se han sacado á relucir citas de Goethe y de Schiller.

Pero hay una protesta más notable todavía. La han publicado el *Vossische Zeitung* y algunos otros periódicos.

A continuación la publicamos, conviniendo leerla íntegra, con las firmas inclusive:

«La familia y el matrimonio no son protegidos por esta ley; antes, al contrario, son amenazados. «Porque no es la crítica libre de la vida actual lo que más daña á la vida conyugal y familiar, como no será con una ley restrictiva con lo que se mejore la suerte de todos y se obligue al pueblo á no perder el respeto á las instituciones sociales.

«Las críticas de la familia y el matrimonio no harán al pueblo tanto daño como la organización de la inmoralidad, sancionada y protegida por la ley.

«No son las críticas las que han hecho comprender al pueblo que las bases de nuestra sociedad son falsas é injustas, sino la misma ley, que coloca la mitad del género humano al mismo nivel que los locos y los criminales; la ley que permite llevar al hombre una vida desarreglada, cuyas consecuencias sufren la madre y los hijos; la ley que

deshonra á la mujer por una sola falta, y tolera y hasta incita al hombre á cometer cuantas quiera.

«Nosotros protestamos de una ley, que ni nos protege ni nos permite protegernos.»

Entre centenares de firmas se leen las siguientes de empujorotadas damas alemanas:

«Doctora Adams (Baden), Aedwig von Alten (Manich), Gertrudis, condesa Lulow de Ennevitz (Dresde), Victorina condesa Buttler-Haimhansen (Munich), Adela Gamper (Dresde), Lilv de Gizictey (Berlin), Natalia de Matilde (Weimar), etc., etc. (Siguen centenares de firmas)

Las mujeres alemanas desean todas firmar esta protesta, que será enviada al Reichstag, y que si se archiva, como prescribe el reglamento de todas las cámaras, llegará á ser uno de los más curiosos documentos que conozcan de nuestra sociedad los siglos venideros.

Se nos habla de la mujer alemana, sencilla, humilde, tranquila, resignada hasta el sacrificio.

Al fin, resulta mujer de carne y huesos, y levantando en alto el brazo, formulando contra la ley imperial la crítica más sangrienta que hasta ahora se ha hecho.

Y esto, contando con que el ideal de la mayor parte de las firmantes no es el matrimonio ni la familia y contando con que entre las firmantes hay altas personalidades, una de ellas la señora Lina Morgenster, la organizadora de los comedores populares en Alemania, amiga íntima y confidente de la emperatriz Federica.

El emperador está á punto de sufrir un nuevo fracaso.

Se puede luchar contra los socialistas, pero contra las mujeres... ¡nunca!



SECCION AMENA

En el despacho de un abogado:

—Quiere usted divorciarse porque su mujer le ha engañado?

—Sí, señor. Me ha confesado que ama á otro hombre y he podido comprobar que la infame no ha mentado.

—Pues si le ha dicho á usted la verdad, entonces no le ha engañado.

**

Anuncio curioso inserto en un periódico extranjero:

«Un caballero ha perdido á su mujer en la fiesta del club gimnástico, celebrada el domingo último.

«Daré una buena gratificación á quien se la presente en la calle tal... número tantos...»

«Señas particulares: tiene un lunar en la espalda y ronca de un modo atroz.»

**

Otro anuncio leído á la puerta de una camisería:

«Se necesitan obreras en enaguas.»
Textual.

**

Entre amigas:

—¿Por qué no vemos en ninguna parte á la señora de Pérez?

—Porque es una mujer de muy mal carácter y una egoísta de primer orden. Figúrate que no vive más que para su marido y para sus hijos.

**

A su familia,—que le pregunta si desea casarse—

—contesta Ricardo en una carta que termina así: «No quiero morir soltero, porque en este estado se ama demasiado la vida.»

**

—Camarero, este trozo de pescado no es tan bueno como el del domingo pasado.

—No comprendo cómo puede ser esto, caballero, porque es precisamente del mismo salmón.

**

Un anarquista furibundo acaba de casarse en la iglesia.

Un compañero se burla de él y le reprocha su religiosidad.

—¿Qué quieres? Mi mujer es quien me ha llevado á la iglesia.

Después de una pausa y con energía:

—¡Ah! Si yo hubiese sido solo....

**

Cada sentimiento debe tener su lenguaje propio. El de la hostilidad no debe ser igual al de la simpatía. Un contradictor suave y sistemático nos irrita más que un adversario violento.

**

—¡Ah! doctor: la profesión de usted es horrible. ¿Cómo tiene usted valor para cortar brazos y piernas? A mí la vista de la sangre me espanta.

—Lo mismo me pasa á mí, señora; así es que cuando corto un brazo ó una pierna, cierro los ojos.

—De sus víctimas—dice á media voz uno que escucha la conversación.

**

En una clase de Geografía.

—Niño, ¿dónde está situada Inglaterra?

—Eso debe estar por mi barrio, porque cada vez que tocan á la puerta de mi casa dice papá: ¡Un Inglés!

**

Después de haber recorrido toda Europa, escribió Montesquien:

«Debe uno viajar en Alemania, detenerse en Italia, amar en España, pensar en Inglaterra, pasearse en Suiza y vivir en Francia.

**

—Adiós, tío; ¿cómo está usted?

—¡Hola, truhan! Estoy bien, ¿y tú?

—Admirablemente. ¿A qué no sabe usted á que vengo?

—Como si lo viera.

—¿Apuesta usted cinco duros á que no lo advina?

—Apostados.

—Pues bien: ¿á qué vengo?

—A lo de siempre: á pedirme dinero.

—Ha perdido usted. Déme usted los cinco duros. Venia á saber cómo sigue la tía.

**

Entre políticos:

—¿Has hablado mucho tiempo en la reunión?

—Una hora ha durado mi discurso, y al terminarse dije: «Los que no estén conformes conmigo, que levanten la mano».... Todos la levantaron.

—¿Y que hiciste, entonces?

—Levantar el pie... para marcharme.

**

MANUAL DEL MILLONARIO



Si tenemos el gusto de presentar á ustedes á monsieur Barnato, poseedor de una fortuna de seiscientos millones.

¿Han oído ustedes bien: seiscientos millones?

Pues Mr. Barnato, minero en el Africa Austral no poseía hace veinte años más que treinta pesetas cincuenta céntimos, y estaba en un circo de lona y tablas, con dos burros sabios, si lo de burro y lo de sabio pueden ir juntos.

Hacia entonces Barnato de *clown*, y llegó con el director del circo y su señora (c. p. b.) y los dos burros emancipados, á Kimberley, á cien kilómetros de la ciudad del Cabo, con objeto de dar algunas funciones.

Dieron, pero pocas, y se comprende: un *clown* que no posee más que ciento cincuenta reales no puede tener humor para nada, y dos burros, por muy sabios que sean, no pueden demostrarlo si la cebada no anda corriendo.

Ello es que un aciago día el director del circo y su señora huyeron, dejando á Barnato en la silenciosa compañía de los dos asnos. Barnato reflexionó qué cosa podía hacerse con dos burros sabios que no podían ya mostrar su sabiduría, y dedujo inmediatamente que por lo pronto podía pasearse sobre ellos por los alrededores de Kimberley.

Y se paseó para entretener el hambre sobre ambos burros, alternativamente para no abusar, hasta que cierto día vió brillar en el suelo, en un terreno baldío del Estado, algo que le llamó la atención.

Paró al burro, desmontó, cogió el objeto y lo examinó... Era un hermoso diamante.

Barnato se descubrió, dió primero gracias á la Providencia, y luego, como no tenía á mano con quién compartir su alegría, abrazó al burro por un movimiento irreflexivo, de que aquél no se dió cuenta.

De regreso en Kimberley, Barnato contempló el diamante... y se escamó. ¿Sería bueno aquello? Barnato se quedó meditabundo con el diamante en la mano izquierda y el dedo índice de la derecha metido en la boca, como se queda todo aquel que no sabe á qué atenerse.

Al cabo se resolvió, buscó á un minero entendido y le enseñó el pedrusco.

—¿Qué es esto?

—Un hermoso diamante.

—Y ¿cómo cuánto puede valer?

El minero pesó la piedra y calculó luego.

—Cincuenta mil francos.

Aquello suponía la holgura para él y para los dos burros un porvenir de cebada asegurado.

Barnato calló, participó a sus compañeros el hallazgo, volvió con ellos al campo y regresó con más piedras, que vendió a precios asombrosos, después de lo cual se asoció al minero, compró el campo, y a la vuelta de tres años ya era millonario.

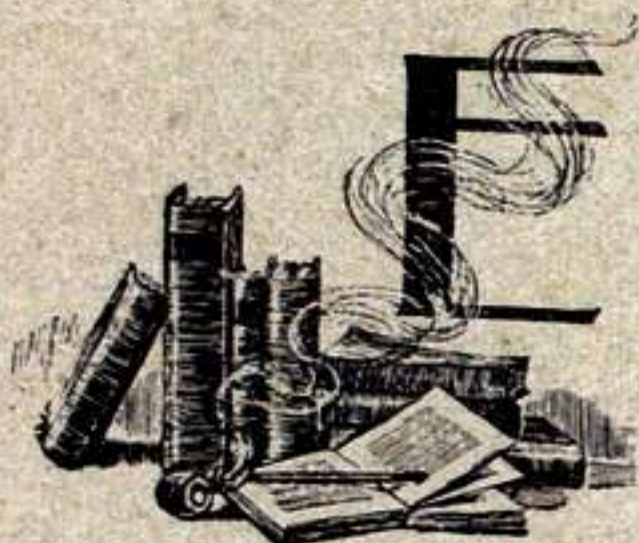
Después de esto Barnato adquirió las minas de oro del Cabo, y en menos de diez años subió su fortuna a los seiscientos millones.

No se sabe qué ha hecho el millonario de los dos burros sabios.



ESTACION ROSARIO DEL FERROCARRIL CENTRAL CORDOBA
(Fotog. G. Howocks)

LAS TIPE-WRITERS



EXPRESAMOS el nombre en inglés porque no tiene correcta traducción en castellano.

Es un vocablo que, aunque al principio podía aplicarse a los dos sexos, ahora está monopolizado por las bellas, aunque no lo sean. Una *type-writer* es por lo común una muchacha buena moza, que sabe taquigrafía a las mil maravillas y maneja una máquina de escribir con la habilidad necesaria para que dé dos mil a tres mil o cuatro mil palabras por hora. Estas muchachas, cuya edad varía de 15 a 30 años, hallan colocación lo mismo en las grandes pulperías que en los bancos, lo mismo en las oficinas públicas de menor importancia que en el Congreso o en la Corte Suprema. Según su rango, sus aptitudes o sus recomendaciones, ganan de \$ 5 a \$ 25 semanales. El patrón llega por la mañana a la oficina, abre sus cartas, las lee, y dicta la respuesta a la *type-writer*, a toda prisa: ésta toma sus notas taquigráficas, y antes de irse a tomar su *lunch* tiene concluida la tarea. La misma operación se repite por la tarde. La *type-writer* es el alma de la oficina: maneja las cuentas pequeñas, conoce los clientes, y sabe cuánto se puede saber. Es una persona de confianza, a quien, dado el caso, se le confían las llaves de la caja o el libro de cheques. Todo depende de la confianza que sepa inspirar o de la seducción que sepa ejercer sobre el patrón.

A este roce continuo, a esta progresiva intimidad, se debe el que la muchacha acabe casi siempre por captarse la voluntad del jefe aun más allá de lo corriente. Rara es la vez que esto no sucede.

Ahora que el lector conoce al nuevo personaje que presentamos en escena, vamos a referir dos casos de reciente fecha, en que dos *type-writers* figuran en primer término.

Hace diez años Mr. Charles W. Spalding era uno de los más honorables y prósperos comerciantes de Chicago. Vendía carbón al por mayor, y rápidamente acrecentaba su fortuna. Su esposa era feliz y considerada; sus hijos, mimados y queridos, recibían una esmerada educación.

Un día se presentó en la oficina, con una carta de recomendación, una muchacha de quince años, hermosa y despierta, en solicitud de una colocación. Llamábase Sara Ervin, hija de un pobre carpintero de Macomb, y entendía a las mil maravillas el oficio que solicitaba. Después de un rápido examen fué aceptada, y principió a ganar un pequeño salario semanal. Poco tiempo después Sara era el alma de la oficina. Había resultado una notabilidad.

Tres años más tarde, el patrón, vivamente interesado en aprovechar el talento de la muchacha, propuso al padre de ella enviarla a un colegio a

que completara su educación, en la inteligencia de que él (Mr. Spalding) atendería liberalmente a todos los gastos. Esto, aunque era algo sospechoso, fué un motivo de alegría para el carpintero, que vió llegar los buenos tiempos con que tanto había soñado. Unos meses después la joven se fué al colegio, y en él permaneció cuatro años.

Cuando salió, la modesta oficina de la carbonería había desaparecido: en su lugar se elevaba un palacio de mármol, en cuyo frontispicio se leía en letras de oro:

The Globe Savings Bank.

Se trataba de un banco de ahorros, que gozaba del mayor crédito y que era el tesorero general de la acaudalada Universidad de Illinois. Su fundador y presidente, entonces en todo el apogeo de su gloria, era Mr. Spalding. Un hermano de Sara, que había comenzado casi como barrendero, había ascendido hasta cajero, y su padre, depuesta ya la blusa, era el vigilante general del establecimiento.

—Y solía poner usted dinero en esa caja.

—No, señor.

—¿Quién tenía las llaves de la caja?

—Mr. Spalding y yo.

—Tengo entendido que usted adquirió algunas propiedades en los dos últimos años.

—Sí, compré una finca rural en Idaho y varias



D. FRANCISCO ACUÑA DE FIGUEROA
AUTOR DEL HIMNO NACIONAL URUGUAYO

casas en Juneau Terrace.

—¿Y de dónde sacó usted el dinero para comprarlas?

—De la misma caja de que he hablado.

—¿Entonces ponía usted dinero en ella?

—No; pero estaba autorizada para ir cuando lo deseara a tomar el que quisiera.

—Y a pesar de las cantidades que usted sacaba para la compra de casas y fincas rurales, nunca estaba vacía la caja?

—Oh, no! nunca estaba vacía.

Mr. Spalding es un hombre de 60 años, y a tal altura se ve envuelto en un proceso criminal que lo llevará a la tumba. ¡Bendita *type-writer*!

El segundo caso que vamos a referir no da tema para un drama como el antecedente, pero es curioso.

Se trata de un *type-writer* honrada y buena, porque de todo hay en la viña del Señor. Se llama Mis Margaret Williams, que reside en Trenton, capital del Estado de New Jersey, y trabaja en la oficina de Mr. G. W. Maguir, notable abogado y hombre público. En las últimas sesiones de la Asamblea de ese Estado, el senador Mr. Bergen presentó un proyecto de ley para la supresión de la lotería, las carreras de caballos y todos los juegos de suerte y azar, ahora permitidos por la ley. Mr. Bergen, después de discutido y modificado su proyecto de ley lo llevó a su abogado Mr. Maguir, para que se lo hiciera poner en limpio. Este lo entregó a su *type-writer*, y ella, donde debía poner permitido por la ley, puso prohibido por la ley, y como el asunto se prestaba a una fácil confusión de ideas, ésta ocurrió, y nadie se dió cuenta de ella. El proyecto, de grande interés para el Estado, pasó así, y así lo sancionó el Gobernador. Cuando se cayó en la cuenta del error, ya era tarde. La nueva ley quería prohibir los juegos de azar permitidos por ella, que son ningunos; de esto resulta que la ley nueva es un adefesio, y que el Gobernador teme aplicarla y no aplicarla, por los perjuicios de que en un sentido o en otro pueden acusarlo. Para salir de dificultades, ha resuelto convocar nuevamente la Asamblea, para que arregle el entuerto, y eso le costará al Estado de cinco mil a diez mil pesos, si es que a los honorables legisladores no se les ocurre prolongar las sesiones con algún otro pretexto, caso en el cual el gasto será mucho mayor. Y todo ello por culpa de una *type-writer*, a quien maliciosamente se acusa de su amor a las carreras y a las loterías.

PAGINAS EXTRANJERAS

LAS APRECIACIONES DE LOS AMERICANOS
SOBRE LA OBRA

DE

PAUL BOURGET

(Del North American Review)



LEYENDO la obra de Paul Bourget, los americanos han experimentado el sentimiento de orgullo de que no puede desprenderse un hombre cuyo retrato acaba de ser pintado por un maestro.

Los unos han admirado la justicia de las observaciones del psicólogo consumado, que atravesó el Atlántico para descubrir el alma de un pueblo; los otros han considerado los capítulos de *Outre-Mer* como una compilación de lecciones tomadas del natural, donde los habitantes del Nuevo Mundo pueden aprender a conocerse a

si mismo, que es una de las ciencias más difíciles. Nos parece inútil insistir sobre los testimonios de admiración que se han prodigado al escritor francés: los elogios más merecidos tienen necesariamente algo de monótono; las críticas, al contrario, parecen siempre más interesantes y más instructivas, aun cuando no sean justificadas.

«CANNIDE» Y «ZADIG» EN AMÉRICA

Mr. Mark Twain se ha encargado de protestar en la NORTH AMERICAN REVIEW del fallo dado por sus conciudadanos. Este escritor es célebre al otro lado del Atlántico y principia a ser algo conocido en Francia desde un reciente viaje que hizo a París. Debe su reputación a pequeñas novelas sobre temas y por el gusto de *Zadig* y la *Princesse de Babylone*. Es un género algo pasado de moda entre nosotros, pero muy apreciado en los Estados Unidos.

Este lejano discípulo de Voltaire se distingue por una indiscutible fecundidad de imaginación, pero demuestra poca variedad en sus procedimientos literarios. Poco importa que refiera las proezas de un coronel enderezador de abusos, los amores de una joven o la historia de un billete de Banco de veinte y cinco millones de francos: sigue siempre el mismo método.

Comienza por elegir un tema, y en seguida invita a una serie de aventuras, en general muy interesantes, calculadas para poner en plena luz una verdad netamente resuelta de antemano en su espíritu. Es justamente el reverso del procedimiento que sigue Paul Bourget.

El autor de *Outre-Mer* reúne desde luego cierto número de observaciones de primera mano; en seguida las clasifica, las analiza, y cuando están completas establece sus conclusiones. Como se ve, existe una especie de incompatibilidad de temperamento entre el autor francés que ha escrito el libro y el crítico americano que se ha encargado de analizarlo. En el alto estado mayor literario de los Estados Unidos era difícil encontrar un hombre que por su carácter fuese menos apto que Mr. Mark Twain para dar un juicio imparcial sobre la obra de Paul Bourget.

LA DOCTRINA DE MONROE APLICADA A LA PSICOLOGÍA

En principio, el colaborador de NORTH AMERICAN REVIEW niega a los extranjeros el derecho de penetrar en los secretos del alma de su patria. No cree que para iniciarse en semejantes misterios puedan bastar dos, cuatro, seis años de residencia; exige un período de absorción inconsciente indefinidamente prolongado. Según Mr. Mark Twain, nadie puede formarse una idea exacta de una nación sino a condición de compartir sus ideas, sus sentimientos, sus hábitos, sus costumbres, sus pasiones.

«Lo que se llama observación, es una quimera; no es con los ojos y la inteligencia que se aprende a conocer un pueblo: es con el corazón».

Este nuevo método de psicología podría conducir a resultados bastante extraños. Antes de la expedición que destruyó a Behazin, un viajero no hubiera tenido derecho de hablar, con pleno conocimiento de causa, de los habitantes del Dahomey, sino después de haber residido largo tiempo en el país para practicar con amor las costumbres y asistir con satisfacción a la ceremonia anual de los sacrificios humanos. Del mismo modo un explorador que quisiese escribir una obra sobre las tribus del centro de Africa debería probar que, para iniciarse a fondo en las costumbres antropófagas, ha tomado parte en los festines de carne humana y encontrado delicioso este regalo desconocido de los europeos.

Nos parece inútil insistir sobre las consecuencias de este sistema «de absorción inconsciente y prolongada», que recomienda Mr. Mark Twain.

¿Acaso no es cosa averiguada que precisamente a partir del día en que un extranjero comienza a participar de las pasiones y preocupaciones de la

patria adoptiva donde ha residido largo tiempo, es incapaz de dar sobre ella un juicio imparcial e ilustrado? Un hombre que visita un país por primera vez coge al vuelo una infinidad de detalles en que se reflejan las costumbres y carácter de un pueblo. Es éste un espectáculo que se renueva sin cesar, que mantiene el espíritu siempre alerta y que provoca a cada instante sensaciones imprevistas.

Al cabo de algunos meses, el poder de observación se embota, y después de algunos años, desaparece del todo. Un extranjero que ha experimentado los efectos de la «absorción inconsciente», de que habla el escritor de la NORTH AMERICAN REVIEW, no se apercibe ya de las diferencias que existen entre las costumbres de su antigua y de su nueva patria, sino de los rasgos comunes que pueden encontrarse entre las sociedades humanas más apartadas entre sí por su situación geográfica, su historia y la diversidad de sus instituciones.

El mejor juez para apreciar el carácter de los pueblos es un observador nuevo, un viajero llegado la víspera, sin traer en su bagaje las preocupaciones de la antigua patria, y que en el país cuyas costumbres quiere estudiar no haga una estadía demasiado prolongada que le permita impregnarse de las pasiones y de los errores esparcidos en la atmósfera nueva en que va a vivir. Si en vez de un visitador de paso llega a ser un miembro de la familia, pagará la deuda de la hospitalidad con testimonios de admiración y de reconocimiento, pero ya no podrán esperarse de él observaciones concienzudas tomadas del natural.

del peine, ocultaba un anzuelo, descubierto ¡ay! demasiado tarde para salvar la vida de un inocente,—los datos auténticos sobre los usos y costumbres de los esquimales.

Los novelistas no son aparatos fonográficos encargados de conservar, con una fidelidad minuciosa y pueril, las escenas de la vida de cada día. Ellos no se preocupan generalmente de exhibir a los individuos de tal o cual nacionalidad; se esfuerzan, sí, por dar vida a personajes que encarnen las pasiones buenas o malas, las grandezas o debilidades del corazón humano, y que, por consiguiente, pertenecen a todos los pueblos.

Es exponerse a singulares errores buscar en ficciones documentos de primera importancia sobre la psicología comparada de los pueblos del antiguo o del nuevo mundo.

UN PROBLEMA POR RESOLVER

A fuerza de leer las novelas publicadas en París y en Londres, los americanos se han formado una opinión bastante desventajosa de las mujeres del antiguo continente y una idea muy alta de la virtud de sus esposas. Los extranjeros harían mal en querer quebrantar una confianza que, por lo demás, parece bastante justificada, y el autor de *Outre-Mer* no vacila en rendir homenaje a las Lucrecias del Nuevo Mundo.

Se sabe hasta qué punto, en materia tan delicada, las estadísticas rigurosas son difíciles de establecer: pero está casi demostrado que los infor-

tunios conyugales, bastante frecuentes en la vieja Europa, son algo más raros en los Estados Unidos.

En este punto Mr. Mark Twain no piensa protestar de las observaciones recogidas por el escritor francés, y anota, al contrario, con orgullo, tan precioso testimonio en honor de la pureza de la libre América. Desgraciadamente, este armisticio no es de larga duración, y el colaborador de la NORTH AMERICAN busca querella a Paul Bourget a propósito de la causa de la inmunidad relativa que en el Nuevo Mundo protege la paz de las familias.

El autor del *Outre-Mer* atribuye esta inmunidad, de una parte, a las tradiciones puritanas que los primeros colonos de la Nueva Inglaterra transmitieron a sus descendientes, y de otra, a la extrema facilidad de los divorcios.

Sería de creer que Mr. Mark Twain no tiene sino

burlas desdeñosas para las explicaciones tomadas de la historia y de la legislación del país. En lugar de aventurarse en investigaciones laboriosas y complicadas, el colaborador de la NORTH AMERICAN encuentra más sencillo resolver la cuestión en tres líneas: «En América, dice, los matrimonios son casi todos por inclinación; y cuando el amor está instalado en el domicilio conyugal, el seductor no penetra en él».

Este razonamiento no tiene réplica mientras el amor dura; pero ¡ay! el amor no es eterno. Ejemplos sin número prueban cada día que las uniones contraidas bajo los auspicios más favorables terminan frecuentemente por una catástrofe. En Inglaterra las consideraciones pecuniarias tienen aun menos cabida en las negociaciones matrimoniales que al otro lado de Atlántico; y, sin embargo, el adulterio no es más raro al norte de la Mancha que en los países del continente.

Es en los orígenes de la civilización americana donde el autor del *Outre-Mer* ha tenido razón para buscar la explicación de un rasgo de costumbres que con buen derecho lo han impresionado. A nuestro juicio, Mr. Mark Twain rehuye la cuestión al no ocuparse sino de la ley que en los estados de la Nueva Inglaterra imponía la pena de muerte al adulterio. El solo punto esencial puesto en claro es que los primeros colonos ingleses establecidos en América eran puritanos, y pertenecían, en consecuencia, a una secta que consideraba la mentira y el adulterio como dos crímenes abominables, y fuera de esto dejaba más de la



ALREDEDORES DE BUENOS AIRES — QUINTA DEL Sr. G. NAPP EN BELGRANO

LA LECTURA DE NOVELAS

A falta del método de absorción inconsciente, que tiene el grave inconveniente de exigir la vida entera de un hombre, el colaborador de la NORTH AMERICAN REVIEW indica un segundo medio, más rápido, pero no menos infalible, para formarse las ideas más falsas sobre un pueblo extranjero. — ¿Queréis, dice, conocer a los americanos? Leed las novelas que han sido publicadas en los Estados Unidos durante los diez o veinte últimos años. Gracias a este sencillo procedimiento os ahorraréis las fatigas de un dispendioso viaje y tendréis nociones tan completas y profundas de los hombres y las cosas del Nuevo Mundo como si hubieseis residido largo tiempo al otro lado del Océano.

Esta manera de viajar sin salir de la casa puede seducir a los padres de familia económicos y a las personas que temen el mareo; pero dudamos mucho de la veracidad de las informaciones recogidas a la distancia, al través de las ficciones de los novelistas. Suponed por un momento que un extranjero aplique este sistema a nuestro país. ¿Qué idea se formaría de la Francia este discípulo de Mr. Mark Twain si juzgase al obrero parisiense por Coupeau, a la burguesía de provincia por madama Bovary y al aristocrático francés por el baron Muffat? El americano que siguiese este método cometería el mismo error que si fuese a buscar en las páginas brillantes de fantasía en que Mr. Mark Twain ha referido los amores de la desgraciada Kalula,—cuya cabellera, libre del uso

conveniente libertad á los malos instintos para que pudiesen germinar en el alma humana.

Es imposible negar la influencia ejercida por el puritanismo en la civilización americana. Fué esa influencia la que le ha impreso su carácter. Aún hoy día la mentira es un motivo de exclusión de la escuela militar de West-Point.

La influencia ejercida por las leyes que han facilitado la ruptura del lazo conyugal es de muy distinta naturaleza. El divorcio es tan fácil de obtener en la mayor parte de los estados de la Unión, que el matrimonio ha llegado á ser allí un concubinato legal. Se explica así por qué, bajo semejante régimen, los esposos mal avenidos encuentran más cómodo separarse que cometer infidelidades recíprocas, y por qué los seductores vacilan en aconsejar á una mujer una demanda de adulterio que se transformaría fatalmente en una demanda de matrimonio una vez que el divorcio fuese regularizado.

G. LAVADIE-LAGRAVE.



DON MAXIMO R. LIRA



Muy joven entró á la vida pública el actual enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Chile en las Repúblicas del Uruguay y Paraguay, señor Máximo R. Lira, y ha continuado en ella sin intermitencias hasta el día.

Perteneció al congreso, siendo miembro de la cámara de diputados durante cinco legislaturas de tres años, siendo secretario de la misma cámara durante cuatro años.

Desde el primer momento reveló cualidades excepcionales de orador, y en todos los debates importantes de la cámara tomó parte, ocupando desde entonces primer lugar entre los más brillantes oradores de su país.

Fué en diversas épocas redactor principal de los siguientes diarios políticos: *El Independiente*, *Los Debates*, *La Epoca* y *La Tribuna*, de Santiago; *El Mercurio* y *La Patria*, de Valparaíso.

En la administración ha ocupado los siguientes puestos:

Secretario del Consejo de Estado.
Secretario de la Legación de Chile en la República Argentina, Brasil y Uruguay.
Encargado de Negocios de Chile en la República Argentina.

Secretario de la Intendencia general del ejército al comenzar la guerra del Pacífico.

Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en el Brasil.

Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en el Perú.

De igual carácter en el Uruguay y Paraguay. Tomó parte en la guerra del Pacífico, ocupando sucesivamente los siguientes puestos:

Delegado en campaña de la Intendencia general del ejército.

Secretario del Ministro de la Guerra en campaña, don Rafael Sotomayor.

Secretario del General del ejército en campaña desde pocos días antes de la batalla de Tacna hasta la entrada del ejército en Lima.

Asistió á casi todas las batallas de esa guerra y tiene por ellas las medallas correspondientes.

El actual Ministro de Chile en el Uruguay es joven aún y seguramente ha de completar la ya brillante página de servicios prestados á su país, vaticinio que fundamos en sus especialísimas condiciones de ilustración, talento y laboriosidad que todos le reconocen.



FRANCISCO A. DE FIGUEROA



Don Francisco Acuña de Figueroa fué hijo de uno de aquellos nobles españoles que la Metrópoli enviaba á sus colonias para desempeñar las misiones más delicadas y de mayor confianza.

Don Joaquín, que así se llamaba el padre del Quevedo americano, ocupó un rango social elevadísimo en la época de la dominación española, siendo jefe de la Real Hacienda, y durante el gobierno patrio ministro del mismo ramo, lo que demuestra la mucha consideración que á unos y otros inspiraba.

Con medios sobrados para poder educarse esmeradamente y dotado de una inteligencia privilegiada, supo aprovechar los estudios que hizo en uno de los mejores colegios de Buenos Aires, de donde volvió muy joven, pero con su vocación ya hecha, y bastante arraigadas sus aficiones lite-

rarias, que cultivó durante el resto de su larga vida, deslizada apaciblemente entre la política y las letras.

En efecto, Figueroa desempeñó varios cargos en la Administración pública, pues no siempre estuvo al frente de la Biblioteca Nacional, sino que también fué Tesorero General del Estado, miembro de la Asamblea de Notables y del Consejo de Estado durante el sitio, fundador del Instituto Histórico Geográfico, Vocal del de Instrucción Pública, Censor de teatros, Profesor de varias idiomas, etc., etc., cosechando en estos puestos aplausos y lauros, captándose las simpatías de todos.

En cuanto á sus condiciones de poeta, dejamos la palabra al celebrado crítico Torres Caicedo, quien juzga á Figueroa en esta forma: «Fecundo y simpático poeta, que supo aliar admirablemente la inspiración y el arte, y cultivar con buen éxito todos los ramos de la poesía, mostrándose ya serio, ya jocoso, preludiando la guitarra del cancionero, el arpa de la elegía, haciendo resonar la trompa épica y vibrar las cuerdas del salterio del salmista. Lírico muchas veces, satírico á menudo, siempre pulido y correcto, Figueroa es uno de los buenos modelos de la literatura latinoamericana, y sus obras, no sólo desafían la crítica de los jueces más inflexibles y competentes, sino que pueden ponerse en parangón con las obras más acabadas de los literatos de la Península, aun de los que pertenecieron al siglo de oro de la literatura española».

Escribió multitud de epigramas de sátira acerada, siendo palmaria demostración de lo que decimos una letrilla de este género titulada *La Curiosa inocente*, cuyo estilo refleja la espontaneidad y carácter del autor, así como la originalidad de su talento.

Su versificación es siempre acabada, los pensamientos elevados en las poesías serias, y muéstrase chistoso y juguetón en lo jocoso, que fué su fuerte. Entre estas travesuras del ingenio de Figueroa citaremos las que resaltan en sus composiciones denominadas *La exaltación del bagre* y *La apología del chcolo*.

Los epigramas brotaban de su pluma con tal soltura y unidad de estilo y tono, que hay quien las coloca al lado de las de Bretón por su malicia y las de Quevedo por su crudeza, aunque lo que más abunda en todas las composiciones ligeras del vate oriental, es lo ridículo y lo cómico, fundado en aquello que hiere nuestros sentidos por lo chocante, y en lo que llama nuestra atención por el contraste que ofrece. Poseía, además, una pasmosa facilidad para improvisar.

También se muestra verdadero poeta en el género serio: basta leer *La madre africana* para convencerse de que sabía interpretar con arte y talento los sentimientos más tiernos de la mujer. Además, tradujo salmos é himnos bíblicos, en los que, si la inspiración escasea, abundan, en cambio, la armonía y la corrección.

Como poeta descriptivo tiene varias composiciones pintando el amargo trance por que pasó Montevideo el año 1857, en que el tifus y la fiebre amarilla diezmaron la ciudad. Este cuadro lo traza Figueroa con gran maestría en sus dos fases: la de la caridad cristiana, que consuela y sirve á la humanidad doliente; y la del egoísmo, que por salvarse con sus tesoros, no titubea en abandonar á su propia familia: contraste que así pone de relieve la abnegación y el sacrificio, como la miseria de alma de ciertos espíritus raquíticos.

«En la poesía heroica, dice De-Maria, cantó todo lo grande y sublime, con inspiración patriótica. El *Himno Nacional*, ese canto heroico y entusiasta, que no puede oírse sin emoción patriótica, que inflama y conmueve el espíritu, es uno de los visísimos destellos de su genio, que basta para immortalizar la memoria del bardo entre los orientales».

«Su corazón palpitaba de gozo y entusiasmo al oír sus estrofas en las festividades cívicas, asomando una lágrima á sus ojos cuando llegaba á su oído aquella voz inspirada que dice: «¡Orientales, la patria ó la tumba!... ¡Libertad, libertad, Orientales!—Este grito á la patria salvó».

«Si. La memoria de nuestro primer vate es inmortal, imperecedera. Siempre que suene el Himno Nacional—creación sublime de su genio—y el pueblo se coloque de pie, con la cabeza descubierta, para escucharlo, cruzará por la imaginación el recuerdo del vate insigne, y su figura se dibujará al momento en la mente de los que lo conocieron, como nosotros, con su sonrisa apacible, con su frente noble y veneranda, sellada por el genio».

No es posible que un vate que poseía tan bellas y numerosas cualidades concentrase él solo las múltiples y variadas dotes que sólo podemos encontrar en una pléyade de poetas que cultivan géneros distintos; de aquí que, si bien fecundo, Figueroa no fuese arrebatador; en él había sentimiento, pero no pasión; era correcto, pero no fascinaba; circunstancias que algunos críticos atribuyen á que la lectura de los sesudos clásicos griegos y latinos aprisionó demasiado su potente imaginación. De cualquier modo, su nombre es popular y muchas de sus poesías pasarán á la posteridad.

Por último, la historia y la tradición nos lo presentan como un ciudadano pacífico y honrado, cuya

muerte lloraron con igual dolor todos sus compatriotas y cuantos sin serlo lo trataron y conocieron.

Hay quien alega que sus contemporáneos no supieron hacerle justicia, y que debido á este indiferentismo donó á la Biblioteca Nacional veintidós voluminosos cuadernos, correspondientes á otras tantas obras.

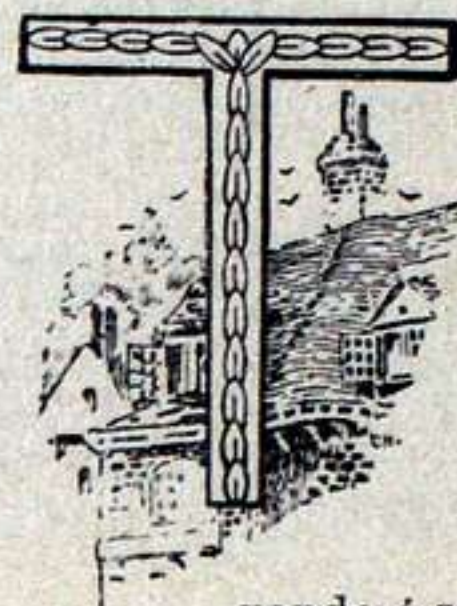
Nació el 20 de Septiembre de 1790 y falleció el 6 de Octubre de 1862, á la avanzada edad de 72 años.

ORESTES ARAUJO.

Montevideo.



POR FIESTAS Y TEATROS



TERMINARON, por este año, las fiestas que se venían realizando en el Parque de Lezama, desde hace más de un mes.

El resultado final de estas fiestas es de todos conocido: al principio no despertaron el interés que merecían; pero no pasó mucho tiempo sin que se vieran bien concurridas, llegando á su apogeo en los días de Navidad, Año Nuevo y los dos últimos de clausura.

La última noche la concurrencia fué extraordinaria, tan numerosa como la del sábado anterior.

Vimos allí á las señoras Carmen Ugarte de Merlo, Adela Maderna de Frederking, Garmendia de Hubone, Casiana Peña de Costa, Elvira Landivar de Calvo, de Power, Girado de Bilbao, Joaquina Basavilbaso de Laspiur, de Roldán, Amadeo, Méndez, Araujo, Ortega de Benítez, Margarita B. de Perú, de Rodríguez Echart, de Morillo, Arredondo, Chapeaurouge de Landivar, Bonorino, Lanús, Richard, Cabral, Mercedes Piñero Pacheco de Armesto, Luisa Lamas de Saavedra, Ernestina Cabos de Lavalle, Josefina Cadret de Amadeo Videla, de Hartmann, Ocampo de Gómez Palacios, Meabe, Panthou, Crespo, Bustos, Muro, Castro de Ruiz, Fernández, Ojeda y muchas otras.

Señoritas: María y Lía Tedin, Elvira y Delfina Arredondo, Margarita Landivar, Eva y Lelia Perú, Rosina Richard, Manuela, Ramona y Estela Morillo, María Rita Molina de Rams, Laura y Elvira Lanús, Carolina Benítez de Palacios Hardy, Lía Meabe, Amalia Brichimann, Angela y Carlota Amadeo, Susana y Laura Gómez de Horne, de Echagaray, Diodora, Edelmira y María Felipa Olinde, María Elvira de la Torre, de Núñez, Elena y Rosa de la Torre, de Gallo, Margarita y Mercedes Quiroga, Ana María Trongé, de Udaquiola, Ramos, de Rosa, y muchísimas otras.

En uno de los costados del circo se había construido un kiosco especial, que fué ocupado por las personas de la comisión que se hallaban presentes.

Las bandas de música, los asilados del Patronato, cuerpo de Bomberos voluntarios de la Boca, y las bandas de los regimientos 8.º, 4.º y 3.º de infantería, se hallaban situados en el centro de la pista.

El programa era interesante: en él se habían aunado todos los elementos que han concurrido á dar brillo á las veladas: las bandas militares y de diversas sociedades, todos los artistas que han actuado en el teatro, y los competidores de los distintos concursos.

Como á las 9 y 30 se procedió á la entrega de los siguientes premios acordados durante las fiestas, y distribuidos:

Concurso hipico—Caballos de silla 1.º premio, Eduardo Quintana, 2.º id. barón G. Peers; 3.º id. E. C. Ghirardo.

Coches particulares: 1.º premio, Dalmiro Varela; 2.º id. E. D. Alkaine.

Caballos de salto: 1.º premio, barón G. Peers; 2.º id. barón F. Peers; 3.º id. V. Perrugia.

Fours in Lands: 1.º premio Raúl Ocampo.

Carruajes de Remise: 1.º premio, Marcial Mirás.

Concurso de bandas militares—Primeros premios, banda de policía y banda de regimiento 8.º de infantería de línea; 2.º id. banda del 4.º, 3.º id. banda del 3.º.

Concurso de bandas y sociedades—1.º premio, sociedad Lago di Como, 2.º id. José Verdi.

Primer concurso de ciclistas—Carrera de velocidad: 1.º premio, Manuel Cervera, 2.º id. Domingo Ganduxer; 3.º id. N. Casanella.

Carrera velocidad para niños: 1.º premio, Guerrero; 2.º id. Emilio Seitung; 3.º id. Carlos Guerrero.

Carrera obstáculo: 1.º premio, Elías Maldovami; 2.º id. N. Castagnet.

Carrera habilidad: 1.º premio, M. Cervera; 2.º id. Cayetano González.

Carrera habilidad para niños: 1.º premio, Carlos Guerrero; 2.º id. Raúl Guerrero.

Carrera lentitud: 1.º premio, Manuel Cervera; 2.º id. Domingo Ganduxer.

Carrera de cintas: 1.º premio, Luis Bugallo; 2.º

id, Gayetano González; 3ros id, Norberto Butti, M. Alonso, M. González y J. Daigeindart.

Segundo concurso de ciclistas—Carrera de velocidad. 1er premio, E. Maldovani; 2.º id, M. Cervera.

Carrera velocidad para niños: 1er premio, Emilio Seitung; 2.º id, Carlos Guerrero.

Carreras obstáculos: 1er premio, N. Castagnet; 2.º id, E. Maldovani.

Carrera lentitud : 1er premio, C. González; 2.º id, Ganduxer.

Carrera lentitud para niños: 1er premio, José Dau.

Carrera de cintas : 1er premio, Luis Bugallo.

Desfile : 1er premio, Eugenio Abel.

Diplomas de agradecimiento a los señores Arturo Oyuela, barón de Peers, Pablo Rendón, Cervera Quilmes, L. Aadhemán y C^a, Nicolás C. Neira, Bono J. Bruschi, J. Raffo y C^a, profesores Pini, Scansi, Mati, Ferreto, Bay y Porzoni, Marcial Mirás, bomberos de la Boca, Gath y Chaves, sociedad Unión de la Boca.

A Antonio Fioretti, guardabarrera que salvó una criatura el 22 de Diciembre último, se le entregó una hermosa medalla de oro como premio por esa acción meritoria, y el ingeniero Juan de la Cuesta fué nombrado socio protector del Patronato de la Infancia por su cooperación desinteresada en estas fiestas.

Después de la distribución de premios empezaron los fuegos artificiales, que resultaron espléndidos: entre éstos llamaron especialmente la atención las primeras ruedas, que parecían arrojar al aire infinidad de piezas de oro, y el último castillo, construido sobre los restos del edificio incendiado el sábado, cuyas luces cambiantes le daban los más variados aspectos.

Terminados estos fuegos, se formó la *promenade* habitual, pero con mucha mayor animación, lo que influyó para que el paseo se prolongara hasta pasadas las 12 de la noche.

La reunión a que nos referimos, ha sido un coronamiento digno de las fiestas primaverales de este año, ya consagradas, como un elemento necesario en nuestros hábitos mundanos.

Numerosa concurrencia asistió el penúltimo domingo, 8 del corriente, a las fiestas que se celebran en el Pabellón Argentino. Desde las primeras horas de la noche un buen número de familias paseaba por los jardines, dándoles un hermoso aspecto y animando con su presencia todas las instalaciones.

En los pabellones regionales el entusiasmo no era menor, viéndose todos ellos animados por los bailes populares que eran amenizados con rondallas, gaitas y tambores. En el de La Lata, la rondalla aragonesa hizo oír varias piezas, cantando además la jota y otras composiciones características.

La banda dirigida por el maestro Rico se hizo oír en trozos de su repertorio, sobresaliendo especialmente todos los de estilo español.

En el piso alto, se exhibió con mucho éxito, por última vez el gran nacimiento construido bajo la dirección del señor José Miró, lo mismo que la cabeza parlante, niña enana y demás diversiones que allí se ofrecen al público.

Ya tenemos en el Mayo nueva compañía; ha debutado con éxito y *cultiva* el género de las zarzuelas en un acto, siendo el espectáculo por secciones.

La señora Montilla *brilla* solitaria en esa compañía, pues, a excepción de Romeu y algún otro, no hay artistas de significación que el *reputado* tenor Abad, director de aquella, justifica su fama: buena... pero es buena ó mala fama?

Ahora bien, y a pesar de ser lo mejor que hay en la nueva *troupe seccional*, la Montilla no es artista hecha al género *chico*, por cuya razón no creemos que dure mucho en la escena del Mayo.

Se necesita para este género cierta movilidad de temperamento, cierta maleabilidad de carácter, que dicha artista no posee.

El repertorio de que la nueva compañía del Mayo dispondrá, no podrá ser muy vasto, pues si esa no apela a las grandes zarzuelas, tropezará con el inconveniente de no contar con elementos apropiados para la interpretación de las obras que dominan en el campo de las producciones líricas españolas en un acto; por lo que tendrá que circunscribir sus espectáculos en un reducido número de obras.

En la Comedia la zarzuela *Los Rancheros*, escrita por los señores Álvarez y Paso y con música de los maestros Estelles y Rubio, ha sido bien acogida.

Hase confirmado esta vez, con la referida obrita, aquello de que muchas manos en un plato.... Si, porque *Los Rancheros*, escrita con gracia,—esto sí es innegable,—no tiene ni pies ni cabeza, siendo una sucesión de diálogos llenos de chistes, nuevos algunos, flojos otros, viejos los más.

Gil y Mesa estuvieron, interpretando los papeles

de rancheros, muy acertados, manteniendo al público que los oía en una carcajada permanente.

Como Gil y Mesa, fué muy aplaudida en *Los Rancheros* la señora Ceballos, que hizo con gracia y finura el papel de Gloria, bien secundada por Tapias.

Los Rancheros—a pesar de su música pobrísima—se repetirá varias noches en la Comedia y *La Revoltosa*, la bonitísima zarzuela de Shaw, López Silva y Chapi, que continúa llevando mucha gente al teatro de la calle Artes, «dará juego» en la temporada.

También ha sido bien recibida en este teatro la pieza *Las Mantecadas*, que con alguna modificación es, según ya dijimos, la que en otra temporada se había estrenado bajo el título de *El de arriba, ó León 13*. Es un juguete escrito con buen humor, que abunda en rasgos chistosos, de los que sacaron buen partido el señor Gil, la señora Sánchez y el señor Mesa, en quien de algún tiempo a esta parte creemos notar con gusto una tendencia a despojarse del amaneramiento y a obtener la comicidad por medios más correctos y adecuados al gusto actual. Ya en *La Enredadora* le vimos sostener un tipo cómico con laudable sencillez, unidad y acierto; y en general, hemos observado que Mesa está mejor cuando menos fuerza la nota cómica. Se lo hemos dicho tantas veces que al fin daremos en el... clavo.

Y habrá un *clavo* menos en el género chico.

Los Hanlon-Lee Omers continúan trabajando en el teatro Victoria.

Esos famosos excéntricos dan ahora las últimas representaciones de la obra *El viaje a Suiza*, que éxito tan ruidoso ha valido a aquéllos en su *debut*.

Los precios de los espectáculos de los Hanlon Lee Omers, han sido considerablemente rebajados en el Victoria.

Con un éxito tan ruidoso como el que ya obtuvo en temporadas pasadas, estrenóse la siempre interesante y atrayente pantomima acuática, en el San Martín.

Nuevos incidentes que Frank Brown ha agregado últimamente a su extravagante creación, la hacen aún más variada y entretenida, si es posible, que antes, que ya lo era y mucho. No hay para qué decir que el *vigilante gordo* continúa siendo el personaje preferido por los pequeños... y también por los grandecitos.

Las fiestas de primero de año han llevado al Casino una enorme afluencia de público.

En esas funciones, los artistas de Nollet han trabajado brillantemente, haciéndose aplaudir con entusiasmo.

«Le petit Alexandre», sobre todo, ha sido muy festejado, y sus canciones, tan finas como bien cantadas, ha debido repetir hasta cansarse.

Noche a noche, «Le petit Alexandre» se ve obligado a cantar todo su repertorio.

RENÉ.



MOSAICO

La yerba mate—Invitados por el señor Francisco Guimaraes, representante de la acreditada compañía «Mate Larangeira», visitamos la fábrica que esta importante sociedad tiene establecida en esta capital.

Tratábase de la inauguración del nuevo sistema de envase que dicha compañía ha empezado a aplicar a sus productos, con el objeto de imposibilitar la falsificación ó adulteración de la mercadería que se vende en esta plaza.

Realizadas las pruebas con espléndido resultado, los espectadores fueron invitados a tomar una copa de champagne, y al destaparse las botellas hicieron uso de la palabra los señores Francisco Méndez y Guimaraes, historiando, a grandes rasgos, la marcha y desenvolvimiento de la casa, de la cual son elementos principales.

Se hallaban entre los presentes el ministro del Brasil, señor Ramos Cavalcanti, con su secretario; señor Tomás Larangeira, varios representantes de la prensa, y don Eduardo Gismondi, director técnico del establecimiento é inventor del envase, quien fué muy felicitado.

París—Bien conocido es Alberto Ghirardo, entre nosotros, como escritor: sus ocupaciones profesionales de la prensa diaria, no amortiguan su culto a la poesía, y buena prueba de ello son estas estrofas a París, «ciudad de sus amores» y moderna Babilonia, cuyos resplandores ciegan a tantos soñadores. Agradecemos el obsequio.

El Derby—Se ha excedido, si así puede decirse, dado el avance constante de esta publica-

ción *sportiva*, la empresa de esta revista en su número especial, presentándonos buenos grabados é interesante lectura, probándonos que su lema es «obras son amores y no buenas razones». Nuestras felicitaciones.

La Agricultura—Ha quedado bajo la única dirección y propiedad del señor Castro esta interesante publicación agrícola, que rápidamente supo abrirse camino en nuestro elemento ganadero y agricultor, y sosteniendo la fama de su crédito con constantes mejoras, revela en su número especial todo el cuidado y esmero con que es atendida esta revista semanal, por lo que enviamos al señor Castro nuestro parabién.

Cuaderno musical—El establecimiento de música de Arturo Demarchi ha hecho un elegante obsequio de Año Nuevo, consistente en una colección de piezas para piano y otros instrumentos, en lujoso y artístico cuaderno.

Contiene las siguientes piezas: «Jugueteando», scherzetto para piano, por Gabriel Diez. — «Dolce colloquio», vals, por Ogdardo Turco. — «Petite barcarolle», para piano, por V. Dolmetsch. — «Delicia porteña», polka, por R. Franci. — «Felicidad», schotisch, para piano, por Vincenzo Cicognani. — «Retour des champs», polka, por Emil Waldteufel. — «L'amour d'une femme», para violín y piano, por Robert Schumann. — «Olimpo Argentino», marcha, por A. C. Decarli.

Agradecemos el ejemplar de ese cuaderno con que hemos sido obsequiados.

Teofilo Meyer—*L'Italia al Plata*. Dos elegantes almanaques que nos envía, son el galante obsequio con que nos saluda al empezar el año: los agradecemos, devolviendo la atenta felicitación y deseándole cumplidas prosperidades en lo futuro.

Heinlein y C.^a—Con un precioso álbum cromolitografiado, esta afamada casa nos recuerda las ventajas de sus instalaciones, el esmero con que atiende a los trabajos que se le encomiendan y la bondad de sus productos.

Gracias por el álbum y devolvemos la felicitación de principio de año.

Se necesita agente—En cada población; una persona inteligente para trabajar como nuestro agente. No hacen falta conocimientos especiales, ni que deje sus ocupaciones actuales. Sueldo y comisión de primera. Es ocasión excelente para un joven ó señorita lista y activa.—Morse Manufacturing Company, Red Lion Court, London, E. C. (Inglaterra).

EL IDEAL para las señoras es tener una bella encarnación y esa tez mate y aristocrática, signos de la belleza. Ni **arrugas**, ni **granos**, ni **pecas**, la epidermis sana y limpia, tales son los resultados obtenidos con el empleo combinado de la **CREMA SIMON**, de los **Pólvos** y del **Jabón Simón**.

Esta Crema calma muy pronto los efectos de las picaduras de mosquitos.

Exigir la verdadera marca.

J. SIMON, rue Grange Batelière, Paris, y en las farmacias, perfumerías, bazares y mercaderías del mundo entero.



NUESTROS GRABADOS

En la playa. *Acuarela de P. Linder*—Página de actualidad, la de nuestro grabado del presente número, nos recuerda la fresca brisa de nuestros balnearios, la fina arena que los alfombra y que con plateada cinta limita el mar al besarla amorosamente, dejando aquí y allá blanquísima espuma que se disuelve como para recordarnos lo efímero de todo cuanto brilla.

Pero, dejando a un lado filosofías y consideraciones, ¿no es verdad que parecen recogerse blandamente esas verdes ondas, para recibir en su amoroso seno a la encantadora joven que pisa sus orillas?

Callao. Inauguración del monumento al almirante Grau—Si hay páginas heroicas, si hay timbres de gloria para un pueblo, si hay nombres imperecederos en la historia de un país, el Perú los presenta con ese solo nombre: *Grau*. A raíz de los hechos, los mismos vencedores, y con ellos, el mundo entero, señalaba a la posteridad el nombre del heroico marino que defendió bravamente el pabellón de su patria.

No es preciso recordar la «historia del hecho» a los contemporáneos; pero, para los venideros, hacia falta, era una necesidad, un monumento que perpetuase la gloria inmarcesible del héroe, y eso es lo que ha hecho el Callao al perpetuar en ese monumento la admiración de sus compatriotas al nobilísimo defensor de la bandera peruana.

El Gato: Balle criollo—El que representa nuestro grabado es de los llamados *entre cuatro*, y está tomado en el momento preciso de romper

el baile. Los danzantes van a bajar las manos en seguida, haciendo castañetas con los dedos en el mismo momento de dar un cuarto de vuelta al son de música, para girar en círculo, unos detrás de los otros, como si las damas huyeran de sus compañeros y éstos las persiguen.

El baile consta de cuatro pies (como todo gato) divididos en dos partes, de a dos pies cada uno, y terminados ambos por un intermedio de danza sin canto, ó *punteo en seco*, como dicen los criollos, ó *zapateo del gato entre dos*, que es más elegante y requiere mayor gracia y destreza en los bailarines.

La música, agitada y como si azuzara a las parejas, se canta con dos cuartetos, repetidos cada dos versos, dentro de cuyo tiempo el gaucho que da el frente, por ejemplo, debe resultar en su puesto al terminar la repetición del primer verso, y en el del que da la espalda a la derecha, al concluir el segundo.

Cada vez que te miro,
Niña, las piernas,
Cada vez que te miro
Se me ponen los ojos
Mi alma, como linterna
Se me ponen los ojos!

Así, al finalizar los primeros dos pies, ocupan posiciones enteramente opuestas, para resultar en las del principio con el último golpe de la danza.

El guitarrero es el resorte mágico; su verso, su gracia, las retenciones de su frase, las modulaciones y quebradas de su voz, ó un entusiasta «¡aura pues mi alma!» al empezar las mediaciones que separa los pies de a dos en dos, hacen chispear los ojos, despiertan los rumores de las hojas de los paraísos, tiemblan las chalas del rancho, y hasta la vieja deja de cebar el *cimarrón* por un momento.

Nuestro grabado indica el comienzo; la música ha empezado, todos esperan ansiosos que apunte la sílaba de la copla; y el criollo de la derecha se ha empujado la botella como si él también necesitara coraje.

El gato entre cuatro es el baile de los compromisos por excelencia; no hay muchacha que se niegue a *pararse*, porque, como dice el refrán, «entre muchachos no pesa»; así se las ve empezar encogidas y ruborosas, mirando el suelo con los negros ojos escondidos bajo los sombreados párpados, como abejas dentro de las cañas, y terminar airozas y rozagantes, carminados los labios como cerezas y abiertas en las mejillas las más teñidas rosas.

El gaucho, astuto y disimulado, las mira en silencio recibir los cumplidos de las viejas, arriesgando cuando más un:

— ¡Cómo habrá sido ña Nicolasa! — (por la madre), mientras clavan en los ojos de la muchacha su mirada serena y llena de promesas.

La nueva Basílica de N. S. de Luján—Continúan las obras del gran templo que va a erigirse a la Virgen de Luján con el concurso de los fieles de las Repúblicas del Plata.

Las tres fotografías que reproducimos dan una idea del estado de las obras y de lo que falta aún para que quede terminado aquel templo uno de los mayores de la cristiandad.

Estación Rosario del Ferrocarril Córdoba y Rosario—En el presente número publicamos la fotografía de la estación Rosario, cabecera de la línea del ferrocarril Córdoba y Rosario, que, como se sabe, está administrada por el activo gerente señor Duncan M. Munro, lo mismo que el Ferrocarril Central de Córdoba, tan favorecido en la actual temporada de verano por los turistas y familias de esta capital, que invariablemente van a gozarse una temporada templada y reconstituyente en las pintorescas sierras de Jesús María, cuya localidad tiene una elevación de 947 metros sobre el nivel del mar.

Creemos hacer un señalado servicio a las personas que deseen efectuar un viaje a dichas sierritas, dando los siguientes detalles relativos a dichos parajes, y medios de comunicación.

Las sierras de Jesús María cuentan con confortables hoteles, como son «La Pampa», «Ascochinga» y «San Jorge».

Para la comodidad de los pasajeros que salgan de aquí con destino a Jesús María, el ferrocarril Córdoba y Rosario ha resuelto que los mismos coches que salen del Rosario sigan viaje directo por el Ferrocarril Central Córdoba hasta Jesús María, a fin de evitar toda molestia ocasionada por el transbordo en Córdoba.

Hasta nuevo aviso regirá el siguiente horario de los trenes:

Buenos Aires (Retiro) sale 8.05 a. m., martes, jueves y sábado.

Rosario (F. C. B. A. y R.), llega 3.08 p. m., martes, jueves y sábado.

Rosario (F. C. C. y R.) sale 6.30 p. m., martes, jueves y sábado.

Jesús María (F. C. C. C.) llega 9.35 a. m., miércoles, viernes y domingos.

Jesús María (F. C. C. C.) sale 4.05 p. m., miércoles, viernes y domingos.

Rosario (F. C. C. y R.) llega 7.30 a. m., jueves, sábado y lunes.

Rosario (F. C. B. A. y R.) sale 11.30 a. m., jueves, sábados y lunes.

Buenos Aires (Retiro) llega 6.35 p. m. jueves, sábados y lunes.

Los trenes entre Rosario (F. C. C. y R.) y Jesús María llevan salones comedores y confitería, tanto a la ida como a la vuelta. Asimismo, los trenes entre Buenos Aires y Rosario.

Los interesados pueden dirigirse por boletos, coches reservados, compartimentos, camas y demás informes, a la oficina de dichos ferrocarriles,

situada calle Reconquista, núm. 36, en esta capital.

Alrededores de Buenos Aires—En el presente número continuamos la reproducción de las mejores quintas que existen en las cercanías de nuestra capital.

La que hoy publicamos pertenece al señor G. Napp y está situada en un punto de los más atractivos de Belgrano. Su arquitectura artística y lujosa llama continuamente la atención del público.



SPORT

PREMIO INTERNACIONAL DE MONTEVIDEO

Numerosa fué la concurrencia que asistió al Hipódromo de Maroñas a presenciar el desenlace de la carrera Internacional, que gracias a la presencia del campeón argentino Alacrán, tuvo este carácter, pues fué el único caballo extranjero que se presentó en la pista.

El aspecto de la tribuna era espléndido, con los variados matices de los trajes de centenares de lindas damas, y la *pelousse* cubierta de carruajes hacia digno *pendant* al palco. Una banda de música amenizaba el acto, ejecutando piezas de verdadero mérito.

En el *paddock* el numeroso público contemplaba a los campeones de la Internacional, siendo Alacrán, entre todos, el que mayor curiosidad despertó. Desgraciadamente, eran ciertos los rumores a su respecto, y se podía observar el estado dedicado de uno de sus miembros delantero, por más que su estado aparente era bueno.

Desfilaban en la pista nueve caballos: Montevideo II, Discreto, Vesubio, Alacrán, Londres, Jónica, 25 de Agosto, Guerrillita y Gauchito.

Se jugaron dos mil trescientos treinta y tres boletos a ganador y dos mil ciento sesé a *placé*.

Alacrán era gran favorito. Al caer la bandera salió haciendo punta Gauchito, montado por Aguilera, y llevando gran ventaja hasta los dos mil metros. Después quedó rezagado.

En el pelotón venían Alacrán, Vesubio, Londres, Jónica, 25 de Agosto, Discreto, Montevideo y Guerrillita. Después de corrida la primera vuelta, sacó ventaja Vesubio, montado por Carlos Vale; al pasar frente al palco se le proclamaba como ganador.

Mientras tanto, Alacrán, que lo dirigía Ramón Garrido, no avanzaba, y al dar vuelta el recodo en la última vuelta tomó empuje Montevideo, pilotado por Melo, ganando fácilmente la carrera.

Cuarto entró Alacrán, quinto Jónica, montado por Isabelino Díaz.

Cuando terminó la carrera pudo observarse que Alacrán estaba manco.

El público hizo grandes ovaciones al caballo Montevideo y a su jockey.

Resumen:

La primera carrera la ganó Nangapiré, *placé*: Revolto.

La segunda fué ganada por Piloto, *placés*: Zahorí y Doña So.

La tercera: «Premio Internacional», distancia tres mil metros: ganador Montevideo, *placés*: Discreto y Vesubio. Tiempo empleado, tres minutos y diecinueve segundos. Dividendo: al 1.º, 12 pesos a ganador y 3.80 a *placé*; al 2.º, 15.50; al 3.º, 2.90.

En la cuarta carrera fué ganador Láutaro, y *placé* Tina. Quinta: ganador Graciela, *placé*, puesta entre Nangapiré y Bettina.

Sexta: ganador Junol y *placé* Olimar.



LOS CIGARRILLOS BRISOL
son los únicos que fumo por ser los mejores.
180, CHACABUCO, 180

APARATOS Y ÚTILES PARA LA FOTOGRAFÍA



Enrique Lepage y Cía. CALLE BOLIVAR, 375
BUENOS AIRES

Gratis

Gran catálogo de 112 páginas ilustrado con 275 grabados.

EL AGUA DE COLONIA INGLESA DE ATKINSON

Es en absoluto la mejor que se ha fabricado.

Es la más odorífera, aquella, cuyo perfume se conserva más tiempo y es mucho más refrescante, que la preparada en Alemania.

Hágase uso solamente de la de ATKINSON | *Desconfíese de las imitaciones*

El Agua verdadera está garantida por la etiqueta azul y amarilla en forma de escudo, y por la Marca de Fábrica «White Rose»

La LOCION para el CABELLO, con base de QUININA, de ATKINSON

Es el preparado más agradable que para la cabellera se ha fabricado.

Fortifica el cabello, estimula su crecimiento y mejora en mucho su aspecto.

SE VENDE EN CASA DE TODOS LOS PERFUMISTAS Y DE LOS FABRICANTES — J. & E. ATKINSON, 24, Old Bond Street, Londres.



La «FOSFATINA FALIERES» es el alimento más agradable y más recomendado para los niños desde la edad de 6 a 7 meses, sobre todo en el momento del destete y durante el período de crecimiento. Facilita la dentición, asegura la buena formación de los huesos.

París, 6, Avenue Victoria y en todas las farmacias

Representantes: P. DUPONT & Fils—Chacabuco, 129



UNICO REMEDIO INFALIBLE
CONTRA
¡TODA CLASE DE JAQUECA!
EN VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS
ÚNICO AGENTE: GUIDO AIGNER
CALLE CUYO, 811

BIPÓDROMO NACIONAL

La reunión del 2 del corriente, primera de la serie de las que deben correrse en los dos primeros meses del corriente año, no fué coronada con un éxito completo á consecuencia del gran número de sportmen que se trasladaron á Montevideo á hacer acto de presencia en el «Gran Premio Internacional» de Maroñas.

El escaso número de inscripciones en la mayor parte de las pruebas, contribuyó también al poco interés que despertaron todas ellas.

Premio «Laurel», 1600 metros—1.º Huapi 55 kilos y Gutenberg 53.

Sport de Huapi \$ 5.55, á placé 5.45; Gutenberg 7.10, á placé 6.15.

Premio «Validé», 1200 metros—1.º Resigné 55 kilos, 2.º Pas-si-beté 53.

Sport 6.35.

Premio «Pitanga», 1900 metros—1.º Amelia 46 kilos, 2.º Onagh 45.

Sport \$ 6.80, á placé 3.90; Onagh 6.75.

Premio «Artois», 1100 metros. 1.º Extra 45 kilos, 2.º Namuncurá 55, 3.º Espingarda 50.

Sport \$ 11.40, á placé 4.30; Namuncurá 6.20, Espingarda 4.30.

Premio «Ganin», 1600 metros.—1.º Palermo 58 kilos, 2.º Marcela 53.

Sport \$ 4.00, á placé 2.55, Marcela 3.70.
Premio «Girondino», 1900 metros.—1.º Brandzen 56 kilos, 2.º Acero 53.

Sport \$ 6.70, á placé 3.75; Acero 5.15.

RESMMEN DE LA REUNIÓN DEL 6 DE ENERO

Premio «Lamadrid», 1200 metros.—1.º Pas-si-beté, 52 kilos, 2.º Hirundo 55, 3.º Maceo 55.

Sport \$ 4.90, á placé 3.45, del 2.º 6.10.

No placé: Etimenech, Bal Marqué, Ana Aurelia, Clase y Castellana.

Premio «Remate» 1600 metros—1.º Higalda 51 kilos, 2.º Brandzen 58, 3.º Pompeyo 53.

Sport \$ 4.95.

No placé Financista y El Payo.

Premio «Alacrán», 1900 metros—1.º Reserva 61 kilos, 2.º Redoutable 56, 3.º Distinguido 50.

Sport de Reserva \$ 2.50 y 2.85 á placé. De Redoutable 5.15 y 5.10 á placé.

No placé: Palermo y Río Negro.

Premio «Orleans», 1200 metros—1.º Blue Boat 55 kilos, 2.º Tánger 51, 3.º Juncal 60.

Sport \$ 9.55 y 3.85 á placé; del 2.º 3.70 y del 3.º 3.80.

Premio «Devoná», 1600 metros.—1.º Espingarda 56 kilos,

2.º Tula 56, y 3.º Hircania 56.

Spart \$ 5.85.

No placé: Mulato.

Premio «Pergamino», 2000 metros—1.º Tánger 51 kilos,

2.º Rayón D'Or 52, y 3.º Brandzen 57.

No placé: Oncativo, Laurel y Descubridor.

Sport \$ 7.

REUNIÓN DEL 9 DE ENERO

Premio «Bal Masqué», 1200 metros—1.º Usura 55 kilos, 2.º Maceo 55, 3.º Rob Roy 55.

No placé, siete caballos.

Sport \$ 14.75, á placé 4.85; del 2.º 4.30; del 3.º 3.40.

Premio «Ameliana» 1600 metros—1.º Pildo Azul 50 kilos,

2.º Redoutable 57, 3.º Rayon d'Or 53.

No placé, cinco caballos.

Sport \$ 29.95, á placé 6.95, del 2.º 3.65, del 3.º 2.85.

Premio «Doblete» 1900 metros—1.º Brandzen 56 kilos, 2.º Tiradentes 46, 3.º Duque 57.

No placé, Rosalvina.

Sport \$ 13.20.

Premio «Daza» 1200 metros—1.º Redoutable, 56 kilos, 2.º Juncal 59 1/2, 3.º Coquimbo 49.

LA EQUITATIVA DEL PLATA

SOCIEDAD DE SEGUROS SOBRE LA VIDA

Capital Social: pesos 1.000.000 m. n.

Esta Sociedad otorga pólizas á tipos de premios moderados y en condiciones especiales aún no ofrecidas por ninguna otra Compañía.

A toda persona que envíe la fecha de su nacimiento y su domicilio, se le remitirán fórmulas ilustrativas con el costo del seguro y sus resultados estimados.

Oficina Principal: AVENIDA DE MAYO, 651

I. MORALES,
Director General.

BUENOS AIRES

MIGUEL TEDIN,
Presidente.

BREYMANN & HUBENIER

BUENOS AIRES

Introducidos de Máquinas y útiles para la Industria y la Agricultura

ÚNICOS INTRODUCIDORES

DE TRILLADORAS, MOTORES, ATADORAS, SEGADORAS Y GUADAJADORAS marca HORNSBY

y del «ESPECÍFICO DE QUIBELL»

Oficina Técnica

Oficina: 425 - CALLE PERÚ - 437

Específico de Quibell

EN LIQUIDO Y EN POLVO



— ¿Por que tan tristes, amigos?
— Estamos enfermos, tenemos la sarna y no encontramos remedio seguro para curarnos.
— Pero amigos, no conocen entónces el **ESPECÍFICO DE QUIBELL** que cura infaliblemente; nosotros también estábamos enfermos y llenos de sarna; con el **ESPECÍFICO DE QUIBELL** nos hemos curado en pocos días y ahora nos ven aquí sanos y contentos tomando Vino del país y bailando el Pericón.

No placé, Orfeo y Extra.
Sport \$ 10.70, a placé 3.65, del 2.º 3.00.
Premio «Tántalo», 1600 metros—1.º Tula 54 kilos, 2.º Emir 56, 3.º Pas-si-Béte 54.
No placé, cuatro caballos.
Sport \$ 9.70, a placé 4.60, del 2.º 5.55.
Premio «Tanger», 1900 metros—1.º Rose Royale 51 kilos, 2.º Rayon d'Or 54, 3.º Laurel 50.
No placé, tres caballos.
Sport \$ 5.15, a placé 3.05, del 2.º 3.85.

FOR EVER.



Avisos varios

SANATORIUM de los doctores *Sold y Caride*.
Avenida Montes de Oca, 1051.—Se admiten a pensión hombres, señoras y niños, con asistencia médica y quirúrgica.—Consultas particulares, de 2 a 3 p. m., Lima 367.

DR. JUSTO CARLE—Enfermedades de la piel y vías urinarias.—Cerrito 38, de 1 a 3.

DR. FRANCISCO COBOS—Director por concurso del Hospital San Roque.—Consultorio: Maipú 276, de 1 a 4.

DR. SALVADOR BORGONDO—Enfermedades de señoras, se curan sin operaciones por un sistema especial. Curación garantida de todas las enfermedades del cutis.—Artes 210, de 10 a 12 y de 4 a 6.

DR. EDUARDO OBEJERO—Enfermedades de ojos, nariz, garganta y oídos.—Suipacha, 574 de 1 a 4.

DR. N. ODAHL, Dentista—Operaciones sin dolor por medio de cocaína, clorétilo, etc., etc. Avenida de Mayo, 1111, esquina a Lima.

DRES. RAFAEL CALZADA y FERMIN F. CALZADA—Abogados, Alsina, 670, de 1 a 4.

DR. CARLOS VOCOS—Abogado, Cangallo, 845 de 2 a 4.

DR. J. COSTAU—Abogado—Avenida de Mayo 715 de 2 a 4.

DR. GENARO OSORIO—Moreno, 792 de 1 a 4.

B. MITRE Y VEDIA—Traductor público y comisionista.—S. Martín, 491. Unión Telefónica núm. 197.

ANTES DE COMER
Tómese el delicioso

APERITAL

LICOR
TÓNICO
HIGIENICO
Y APERITIVO

CUIDADO con las FALSIFICACIONES y los PRODUCTOS que llevan nombres parecidos a la palabra APERITAL.

Exijir siempre la última fecha de **EMBOTELLAMIENTO** sobre el vidrio de la botella, los corchos, las etiquetas, el cajón, &c., y a más el nombre **A. DELOR y Cia.**
ÚNICOS IMPORTADORES
FELIX SOULIÉ y Cia
MAIPÚ 918. — BUENOS AIRES.

CASA INTRODUCTORA DE VINOS

624, RECONQUISTA, 628



BUENOS AIRES

TEOFILO MEYER y Cia.

Fábrica Nacional de Instrumentos Musicales

238 - FLORIDA - 238

ARTURO DEMARCHI

Editor, Sucesor de GIUDICI STRADA

CASAS

EN MILANO Y TORINO

CASILLA DE CORREO, 1154

UNION TELEFONICA, 589

BUENOS AIRES

DISPONIBLE

SAPOLIO

Está expresamente fabricado
para limpiar objetos de cocina,
metales y madera pintada.

ÚNICOS IMPORTADORES
JORGE BELL é Hijos
649 - CALLE DEFENSA - 649
BUENOS AIRES



La Nacional Talabartería, Lomillería y Curtiembre a vapor

CASIMIRO GOMEZ y Ca.

155, CALLE BUEN ORDEN, 165, — entre las de Victoria y Alsina

Las más altas recompensas le han sido adjudicadas en todos los concursos
MEDALLA DE ORO en la Exposición Universal de París de 1889, por guarniciones finas en competencia con Europa Y América—TRES PREMIOS en la de Chicago de 1893.

Gran surtido de guarniciones y monturas de todas clases. Especialidad en talabartería fina y artículos para viaje. Colección variada y permanente en bastos, caronas, recados, sobrepuestos, fiadores y todo lo concerniente al ramo de lomillería en general.

Los encargos son despachados con prontitud por estar sus talleres montados con los elementos más modernos que se conocen, TALLERES ESPECIALES para la confección de monturas reglamentarias para el ejército argentino.

A. PRAT-Tintorería

140, CALLE SUIPACHA, 140

Se tiñe y limpia toda clase de ropa y telas. Se lavan y planchan de nuevo toda clase de cortinas de muselina. Compostura de ropa de hombres y de niños.

Sucursales:

375, CHACABUCO, 375
71, CALLAO, 87782, BUEN ORDEN, 790
P. DE JULIO, 1428

BUENOS AIRES

A LA CIUDAD DE LONDRES

TIENDA LA MAS VASTA Y MEJOR SURTIDA DE BUENOS AIRES—AVENIDA DE MAYO—CALLE PERÚ—CALLE VICTORIA
Primera casa en Buenos Aires habiendo establecido el sistema de vender todo de CONFIANZA y a PRECIO FIJO lo que le ha valido un éxito sin igual hasta hoy

Lunes 17 de Enero y dias siguientes principiará la venta de articulos de carnaval

CARNAVAL

Avisamos a nuestras favorecedoras que nuestros surtidos de articulos de baile y fantasia para carnaval, son los más completos que se pueden desear. Trajes de disfraz para niñas, niños, señoritas y señoras. Dominós de seda, de lana, de algodón lisos y de fantasia todos colores. Géneros de alta fantasia para trajes de carnaval. Flores y adornos de todas clases para balies y una infinidad de articulos de metal y vidrio para carnaval.

OCASIONES

Vestidos para niñas desde...	0.75	200.000 metros cambray de hilo pintado colores firmes...	0.24	Toil de soie rayé nouveauté...	1.45	250.000 Sombreros Tokio, para hombres y niños...	0.45
Vestidos de Zephir y batista bordado a máquina, desde...	9.95	100.000 metros cambray de hilo pintado con filetes, colores firmes...	0.36	Movie Fleurette nouveauté, el metro...	1.60	20.000 Sombreros Canotier...	1.50
Trajes para varones, desde...	2.90	Zephir liso y fantasia, el metro...	1.50	Silkkrin tis-ú nouveau tout soie, el metro...	1.80	10.000 Sombreros paja para hombres...	1.90
Batones para señoras, desde...	1.90	Muselina bordada, el metro...	0.58	Twill dessin haute nouveauté, el metro...	1.95	15.000 Sombrillas negras...	1.90
20.000 cortes vestidos percal, dibujos nuevos, colores firmes, el corte...	1.45	Foulard tout soie, dessin nouveauté, el metro...	0.75	Grenadine dessins haute nouveauté, el metro...	2.45	Camisas para señoras...	1.25
		Pongé du Japon, tout soie, el metro...	0.95	Pékiné satin tou soie, el metro...	2.95	Bolsas percal color...	0.95
				Voilette brodée nouveauté, cada uno...	0.95	Matinés con pollera...	5.75
						Tohallas con inicial bordada...	0.50

REALIZACIÓN

Con una rebaja considerable del Saldo de los Juguetes recibidos para el Año Nuevo 1898.

ARTICULOS DE MENAGE

Recomendamos a nuestros favorecedores tanto por la numerosa variedad del artículo como por la baratura de los precios nuestra exposición de los artículos de menage.



Los principales
Dentistas y Peri-
tos piden un
LÍQUIDO
(que des-
truya los
gérmenes
entre los
dientes y
en la bo-
ca) y unos
POLVOS
(que lim-
pien el es-
malte de
los dientes)
que *Usa-
dos jun-
tamente*
preservan
propia-
mente la denta-
dura. He aquí
pues el

Sozodonte que es el único dentrífico perfecto,
pues que cada caja contiene Líqui-
do Antiséptico y Polvos. Uno de los mas antiguos de América.

La notable Actriz

Madame BERNHARDT dice:—

"Estimo su SOZODONTE como el dentrífico mas delicioso
é indispensable para el cuidado de la dentadura y el
único de reputacion internacional."

Vendido por los Drogueros, Perfumistas y Farmacéuticos de todas partes.

Pedid por carjeta postal "Dentisteria Popular," un libro que dice la manera de
cuidar la dentadura. HALL & RUCKEL, New York, E.E. UU.

NICOLÁS MIHANOVICH

EMPRESARIO DE VAPORES Y LANCHAS DE CARGA

PARA TODOS LOS PUERTOS DE LA REPÚBLICA Y RÍOS

Remolcador.s de gran poder para toda clase de cabotaje y ultramar

Servicio especial en el Puerto de la Capital y Puerto de La Plata

FOTA DE 45 VAPORES Y 60 BUQUES DE VELA

Introduccion de carbon Cardiff mina Bory's Merthys

Escritorio Principal: 25 DE MAYO y CANGALLO

JABON DE REUTER PARA EL CUTIS



DELICADEZA Y RIQUEZA DE PERFUME

son las cualidades más características del Jabón de Reuter,
que en este particular deja á gran distancia á todos los otros
jabones de tocador.

Una vez que se pruebe nadie querrá carecer de él

L'ADHEMAR

MAISON DE BLANC

CASA FUNDADA EN 1885
CANGALLO Y SUIPACHA

Casa de confianza y de
precio fijo.

Importadora de articulos
franceses é ingleses.

Ropa blanca y de punto.
Especialidad en ajuares
de casamientos, etc.

TIENDA SAN MIGUEL Fundada en 1857 ELIAS ROMERO y CIA

EXPOSICION PERMANENTE DE ALFOMBRAS



TE AGUILA

Schelp
& Schelp

375-Balcarce-377

BUENOS AIRES



